

# TEOSOFÍA

---

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

# TEOSOFÍA

POR

## NEMO

Introducción.—I. Qué es la Teosofía.  
—II. Quiénes son los Teosofistas.—  
III. Sentido común de la Teosofía.—  
IV. Fraternidad.—V. Fe y Saber.—  
VI. El Iniciado.—VII. Objeto de la Ini-  
ciación.—VIII. Karma.—IX. Reencar-  
nación.—X. Constitución del hombre.

MADRID

R. VELASCO, IMP., RUBIO, 20

Teléfono núm. 551

1890



---

## INTRODUCCION <sup>(1)</sup>

~~~~~

Los hombres nacen, viven sus cortas vidas y mueren; levántanse las naciones, llegan á una cierta altura y caen; las civilizaciones son construídas, formadas y pulimentadas, sólo para que cada una de ellas decaiga á su vez y sea sucedida por nuevos sistemas desarrollados por nuevas razas de hombres. En la actualmente todo-poderosa civilización Europea, que con tanta rapidez se lanza á su Zénit, un elemento falta que ha ocupado lugar preferente en los sistemas más grandes que permanecen todos hoy día olvidados. Aquel elemento es el papel desempeñado por la naturaleza más elevada del hombre en el desenvolvimiento evolucionario, el práctico conocimiento del alma.

El entero objetivo de la civilización Occidental, es el mejorar la condición material de la humanidad. Con este fin no cesan de arder de día y de noche hornillos enormes, por esta razón los telares producen kilómetros sin fin de telas de algodón, por esto una red de rails de hierro aprisiona la tierra; esta es

---

(1) Estos artículos han sido traducidos de *A. Guide To Theosophy*, publicado por The Bombay Theosophical Publication Fund, By Tukaram Tatya.

la causa de que las multitudes ávidas estén en lucha perenne y de que enloquecidas corran tras las riquezas.

Nadie duda que para trasladarnos de un punto á otro, lo hacemos más rápidamente de lo que nuestros padres lo hacían. Nadie duda de que gozamos de comodidades en las cuales jamás ellos soñaron. Pero el precio á que pagamos todas estas cosas es bien caro. De día en día crece la lucha por la mera existencia, el débil es aplastado contra la pared, el hombre que se detiene á tomar aliento, es pisoteado, y el que se apresura, se convierte en un esclavo bajo un sistema que convierte al mundo en una máquina enorme, en la cual los seres humanos funcionan á manera de engranajes ó grandes ruedas fatalmente empujados hacia adelante, descansando sólo cuando la vida termina. La filosofía que á una tal civilización corresponde, es una filosofía de negación: el frío y despiadado materialismo moderno.

Pero empiezan los hombres á ver que algo falta en este estado de cosas. Sienten un vacío no satisfecho en su interior, y una convicción no confesada de que en alguna parte existe un mundo que no podemos ver, á pesar de lo cual es este mundo una realidad. Un amargo clamor empieza á oírse: «¡Nos habéis arrebatado nuestros dioses, y nada nos habéis dado en cambio!» Y así es que las viviendas de los *mediums* espiritistas se hallan atestadas de ardientes investigadores, y la canción favorita es la que toca en los reinos de lo misterioso y de lo invisible, y á la verdad en todas partes se perciben las señales de una reacción en contra las doctrinas y procedimientos de la edad de hierro.

En esta reacción contra la tendencia á negar toda apariencia de verdad ó de razón á las antiguas creencias y filosofías, y en esta tentativa para proporcionar una puerta de escape á todos los que comprenden la inestabilidad de los cimientos de la civilización moderna y sus anejos sistemas de pensamiento, la Sociedad Teosófica desempeña un papel proeminente.

Empezando con la firme convicción de que las grandes cuestiones de lo que es el hombre, de dónde viene y á dónde va, son después de todo, los asuntos más importantes que merecen llamar la atención de cualquiera, invita á todos cuantos en el mundo entero están interesados en esta investigación, á acumular sus energías en una gran Universal Fraternidad para descubrir la verdad y favorecer el progreso espiritual del género humano. El dar una breve noticia de los fines de la Sociedad Teosófica y de sus trabajos es el objeto de esta compilación de extractos de obras Teosóficas.

La existencia de Paramatma es una verdad fundamental; y el sentimiento de una Deidad es innato y perfectamente natural en el hombre. «Los legisladores y hombres de Estado, y sobre todo los moralistas y filósofos,» dice Sir James Mackintosh, «plenamente reconocerán en la útil y bella variedad de gobiernos é instituciones, y bajo la entera y fantástica multitud de costumbres y ritos que entre los hombres han prevalecido, las mismas verdades fundamenteles y comprensivas, y los mismos grandes principios que constituyen la salvaguardia de la sociedad humana reconocidos y venerados, con muy ligeras excepciones, por cada nación de la tierra.»

Así vemos que Teísmo, Deísmo, Monoteísmo y Politeísmo, lo mismo que Induismo, Budhismo, Jainismo, Cristianismo, Mahometismo, Zoroastrismo, y cada una de las demás religiones conocidas, todas reconocen el hecho fundamental de la existencia de un Gran Principio á quien (ó á lo que) llamamos nosotros Paramatma, por grandes que sean las diferencias de opiniones entre todos estos sistemas en su concepción de aquel Principio, con referencia á Su Unidad, Personalidad, Atributos y Perfecciones Morales. Del mismo modo el Materialista encuentra en la Materia «la promesa y potencia de toda vida terrestre,» y descubre el Espiritualista en el espíritu el origen de toda energía y también el de la materia. En cuanto al Agnóstico, dice que él no sabe lo que los otros pretenden decir con la palabra Dios, pero no declara que no exista ningún Dios. Para poder decir á ciencia cierta que existe un Dios, sólo tiene uno que mirar en torno suyo, en cualquier espacio definido, y señalar los vestigios que en el mismo existen de Su poder y de Su presencia. Pero para ser capaces de decir que Dios no existe, tenemos que explorar el infinito entero y convencernos por medio de la observación de que semejantes vestigios en ninguna parte se encuentran; ¿y cuántos siglos y qué inteligencias no serían necesarias para la obtención de semejante conocimiento? Esta inteligencia lleva consigo el atributo mismo de la Divinidad, cuando niega un Dios; porque á menos que el hombre sea Omnipresente y Omnisciente, no puede saber más sino que en algún lugar pueden existir manifestaciones de una Deidad, por la cual *él mismo* sería subyugado. Así es, que de no conocer un hombre todas las cosas, lo



cual equivale á decir, á menos de ser él mismo una Deidad, no puede saber que Dios, cuya existencia niega, no existe.

De modo que, con perfecto derecho, podemos sostener que la existencia del Gran Autor del Universo, llámesele como se quiera, y sean los que sean los atributos que se le conceden, ha sido reconocida por la humanidad con más ó menos variantes y cualidades. Pero una creencia limitada hasta este punto, difícilmente sirve para los objetos que nos proponemos. Debemos poseer un claro conocimiento, todo lo claro que sea posible obtenerlo en seres humanos, en lo que al carácter y atributos de la Deidad se refiere; sus relaciones con el universo material y con el hombre en particular: debemos conocer además, la naturaleza de nuestro espíritu, su inmaterialidad, inmortalidad y funciones; lo mismo respecto del alma, sus transmigraciones y premio final; y por fin los procedimientos y medios para irnos aproximando á este último, valiéndonos de la fé y de la pureza espiritual. Y, sin embargo, es de todo punto deplorable que respecto de estas mismas cuestiones, tantas y tan diversas opiniones hayan dividido á la humanidad. Es de todo punto imposible que todos estos diversos sistemas puedan ser verdaderos en todos sus aspectos; y es absolutamente necesario que sepamos cuál de ellos es verdadero, cuál de ellos posee la verdad completa; porque en la verdad no existen gradaciones. Además, como Dios es uno, debe necesariamente la Religión ser una. Sentimientos en conflicto *á esta, la más importante de todas las cuestiones, tienden no sólo á perjudicar las ventajas espirituales que la humanidad desea naturalmente obtener,*

*sino que además influyen en su bienestar mundano, dividiéndola en facciones y engendrando el espíritu de hostilidad de unas á otras. Sería un acontecimiento feliz el que todas las distintas formas de religión se confundiesen en una fe común, adoptando una forma de culto y encaminándose á un mismo fin. Pero ¿cómo podrá llegarse á esto? ¿Cómo podremos llegar á establecer una Religión cosmopolita? Es una cuestión digna de ser considerada por todo hombre pensador.*

Hablando en términos generales, podemos decir que el mejor procedimiento por medio del cual podríamos obtener un resultado tan deseable, sería que la humanidad toda se uniese de buena voluntad para investigar y discutir la cuestión, partiendo de un punto que para todos es común; escogiendo al principio para ser discutidas, sólo aquellas cuestiones que están al alcance de todas las inteligencias; y elevándose gradualmente á la resolución de puntos controvertidos y complicados, hasta que finalmente llegaríamos *una voce* á conclusiones definitivas en todo lo que es esencial para las necesidades espirituales del hombre.

Así, pues, lo primero que deberíamos procurar; sería el encontrar algún punto de partida desde el cual empezar nuestros estudios é investigaciones. Todos los pertenecientes á las distintas religiones, ya ortodoxas ó heterodoxas, tienen el mismo derecho de que los rasgos esenciales de sus creencias se presenten ante el tribunal de un mundo imparcial; pero la verdadera dificultad consiste en escoger una de ellas para que sirva como de ancha plataforma en la cual puedan todas encontrarse sin prevención ú ofensa, y discutir las distintas cuestiones relacionadas con el pun-

to principal. La dificultad es enorme si nos hacemos cargo de que cada una de las religiones ortodoxas, lejos de ser uniformes, se encuentran divididas en numerosos sistemas, cada uno de los cuales tiene á su vez sus propias subdivisiones en forma de sectas y credos, diferenciándose en alto grado unas de otras, y lo mismo sucede con las heterodoxas. Lleno está el mundo de numerosos sistemas heréticos, teniendo cada uno de ellos una base opuesta á la de los otros. Y hasta los materialistas y sabios que no se encuentran ligados por revelación ni tradición alguna, y que están siempre dispuestos á creer, fundándose en la razón y en los hechos, extraño parece decirlo, pero difieren también realmente en sus opiniones respecto del Cosmos y de su origen.

*Este gran dilema, pide la Teosofía ser por la humanidad adoptada como la base comun de la cual todos tendrán que partir para la gran empresa de investigación. Es la plataforma sobre la cual los profesores de todos los sistemas, ya sean ortodoxos ya heterodoxos, materialistas ó ateos, pueden permanecer bajo un pié de igualdad, sin que en manera alguna puedan entre unos y otros originarse conflictos. A la verdad, parece justamente ser la Teosofía el sistema particularmente adaptado para el movimiento cosmopolita que en la actualidad estamos contemplando.*

---



---

## I

# LO QUE ES LA TEOSOFÍA

---

Según los lexicógrafos, el término *Theosophía* está compuesto de dos palabras griegas: *Teos*, Dios; y *sophos*, sábio. La etimología es correcta, mas las explicaciones que dan de la misma, distan mucho de ofrecer una idea clara de la Teosofía.

De un modo original la define Webster: «Un supuesto comercio con Dios y los espíritus superiores, según el cual obtiéndose conocimientos sobrehumanos por medio de *procedimientos físicos* como las operaciones de algunos antiguos platónicos, ó por los *procedimientos químicos* de los filósofos del fuego, en Alemania.»

¡Explicación bien pobre en verdad!

Atribuir semejantes ideas á hombres como Ammonius-Saccas, Plotino, Jámblico, Porfirio y Proclo, es demostrar ó que se intenta alterar los hechos, ó bien que se ignóra la filosofía y los motivos de los grandes genios de la última escuela de Alejandría. Imputar á esos hombres que sus contemporáneos y la posteridad llamaban Theodidaktoï, enseñados por

Dios, el propósito de desarrollar sus percepciones psicológicas y espirituales por medio de *procedimientos físicos*, es pintarlos como materialistas. En cuanto al sarcasmo final, dirigido á los *filósofos del fuego*, recae sobre algunas eminencias de la ciencia moderna, aquellas á quienes el reverendo Jacobo Martineau atribuye la siguiente fanfarronada: «Nos basta la materia; dadnos sólo átomos y explicamos el universo.»

Vaughán ofrece una mejor y más filosófica definición:

«Un teósofo, dice, es un individuo que nos ofrece una teoría de Dios ó de sus obras, basada, no sobre la revelación, sino sobre la inspiración personal.» Bajo este punto de vista, todos los grandes pensadores y filósofos, y especialmente todos los fundadores de religiones, escuelas filosóficas ó nuevas sectas, son necesariamente teósofos. Existen, por lo tanto, la Teosofía y los teósofos desde que los primeros albores del naciente pensamiento impulsaron al hombre á buscar instintivamente los medios para expresar sus opiniones personales ó independientes. Existían teósofos anteriormente á la era cristiana, aun cuando los autores cristianos atribuyan á la primera parte del siglo tercero de nuestra era el desarrollo del sistema de la Teosofía ecléctica.

Diógenes Laercio hace remontar la Teosofía hasta una época anterior á los Ptolomeos y designa como su fundador á un hierofante egipcio llamado Pot Amoun, nombre copto que significa sacerdote consagrado á Amoun, dios de la sabiduría.

La historia enseña que fué revivificada por Ammonius-Saccas, fundador de la escuela neo-platónica. Titulábanse él y sus discípulos *Philaletheianos*, aman-

tes de la verdad, mientras otros les llamaban *analogistas*, á causa de su método para interpretar todas las leyendas sagradas, los mitos, símbolos y misterios por medio de una regla de analogía ó correspondencia y de considerar los acontecimientos del mundo exterior como expresión de las operaciones y experimentos del alma humana.

El objeto que se proponía Ammonius era el de reconciliar á todas las sectas, á todos los pueblos, á todas las razas bajo una misma fe, la creencia única en un poder supremo, eterno, desconocido é innominado, gobernando al universo por leyes inmutables. Su objeto era ensayar un sistema primitivo de Teosofía, debiendo ser este esencialmente el mismo para todos los países, conseguir que los hombres abandonasen sus luchas y contiendas, unir sus esfuerzos y sus pensamientos como hijos de una madre común, y por fin purificar las antiguas religiones de las impurezas humanas, poco á poco corrompidas, fundiéndolas y explicándolas según los principios de una filosofía pura. Y hé aquí por qué eran enseñados en la escuela ecléctica de Teosofía al mismo tiempo que todas las filosofías de la Grecia, los sistemas budhista, vedantino y mágico ó zoroastriano.

De ahí viene también que observemos en los teósofos de Alejandría ese carácter eminentemente budhista é indio, el respeto á los parientes y á los ancianos, un cariño paternal por toda la raza humana y un sentimiento de compasión hasta hacia los animales inferiores.

Tratando de fundar un sistema de disciplina moral que obligase á los hombres á vivir según las leyes de sus países respectivos, y á elevar su espíritu por la

indagación y contemplación de la Verdad absoluta, su objeto principal, al mismo tiempo, objeto que consideraba indispensable para alcanzar todos los demás, era el de sacar de las diferentes doctrinas religiosas como de las varias cuerdas de un instrumento de música, la melodía llena y armoniosa que había de hallar eco en todo corazón amante de la verdad.

Es, por lo tanto, la Teosofía, la *Religión-Sabiduría* arcáica, la doctrina esotérica universalmente reconocida en tiempos antiguos como tendencia civilizadora. Todos los documentos antiguos nos presentan esa Sabiduría como una emanación del principio divino, y la comprensión clara de la misma la representan nombres como el Buddha indio, el Nebo-babilonio, el Thoth de Memphis, el Hérmes de la Grecia, así como por los nombres dados á varias diosas, como Methis, Neitha, Atenas y la Sophía de los gnósticos; en fin, por el nombre mismo de los Vedas, que proviene de la palabra saber. Los antiguos filósofos de Oriente y Occidente, los Hierofantes del antiguo Egipto, los Rishis del *Aryavarta* y los Theodidaktói de la Grecia, comprendían bajo ese título todos los conocimientos relativos á las cosas ocultas y esencialmente divinas. Las *Mercavah* de los rabinos hebráicos, las series seculares y populares eran designadas con aquel nombre, porque no eran sino el vehículo, la forma exterior de conocimientos esotéricos superiores. Recibían los Magos de Zoroastro su instrucción é iniciación en los subterráneos y logias secretas de la Bactriana; tenían los Hierofantes egipcios, así como los Griegos, sus *aporretha* ó conferencias secretas, durante las cuales el *Mysta* convertíase en un *Epopta*, ó sea en Vidente: .



Creía la Teosofía ecléctica en una *esencia* única y suprema, desconocida é inconcebible: «¿cómo podríamos conocer al conocedor? pregunta la *Brihadaranyaka upanishad*. El sistema estaba caracterizado por tres rasgos principales. La teoría de la esencia en cuestión, la doctrina del alma humana como emanación de esa misma esencia, y siendo, por lo tanto, de igual naturaleza; y finalmente, su teurgía. A causa de esta última ciencia, fueron tan mal comprendidos los neo-platónicos por nuestra ciencia materialista actual. Siendo la teurgía esencialmente el arte de aplicar los poderes divinos del hombre á la subordinación de las fuerzas ciegas de la Naturaleza, fueron desde luego llamados magos sus fieles, de la palabra *magh*, que significa hombre sabio. Los escépticos del siglo pasado no se hubiesen apartado más de la verdad que nuestros escépticos modernos si hablándoles del fonógrafo ó del telégrafo se hubiesen echado á reir.

Sucede, por lo general, que los ridiculizados y los infieles ó hereges de una generación, convirtiéronse en sabios y santos en la siguiente.

Por lo que hace á la divina esencia y á la naturaleza del alma y del Espíritu, son las creencias de la Teosofía moderna las mismas que las de la antigua Teosofía.

El Dyu popular de las naciones arianas es idéntico al Jao de los caldeos y hasta al Júpiter de los romanos, poco adelantados en ciencia y filosofía; así como el antiguo Jahve de los samaritanos, el Teu ó Tiusco de los normandos, al Duw de los bretones y al Zeus de los Tracios (1).

---

(1) También el Tao de los chinos del que dice Lao-tzeu: «Es eterno y no puede ser nombrado. Vuelve á absorberse en el no-ser.» Taote-king., cap. XIV.)

En cuanto á la Esencia absoluta, lo Uno y Todo, sea que aceptemos la filosofía griega de los pitagóricos, la cabalista de los caldeos ó la filosofía ariana, siempre nos dará el mismo resultado.

La mónada primitiva del sistema pitagórico que se absorbe en el seno de la oscuridad, siendo ella misma oscuridad (para la inteligencia humana), fué tomada por base de todas las cosas; esta idea podemos hallarla en toda su pureza en los sistemas filosóficos de Leibnitz y de Spinoza.

El teósofo, apoyándose en la Cábala que hablando de En-soph, propone esta pregunta: «¿Quién es, pues, capaz de comprenderle, ya que no tiene forma y es no-existente?» ó que se acuerde del siguiente admirable verso del Rig Veda:

¿Quién sabe de dónde brotó esta creación inmensa,  
si creó Su voluntad ó permaneció muda?  
Sólo Él lo sabe—quizás no lo sepa (1).

Acepte el concepto idéntico de *Brahma*, que en los Upanishads es representado como «sin vida,» sin espíritu, puro *inconsciente*, pues *Brahma* es la *conciencia absoluta*; ó en fin, de acuerdo con los *Svabhâvikas* del Nepaul, mantenga que nada existe excepto *Svabhâvat* (sustancia ó naturaleza), que existe por sí mismo, sin creador alguno, ese teósofo se encuentra en el camino de la Teosofía pura y absoluta.

Esta es la Teosofía que impulsó á hombres como Hegel, Fichte y Spinoza á proseguir los trabajos de los antiguos filósofos griegos y á especular acerca de la Sustancia única, la Deidad, el Todo divino,

---

(1) Himno 129, I. X.

procedente de la Sabiduría divina, incomprensible, desconocida é innominada en todas las filosofías religiosas, antiguas y modernas, exceptuando el judaísmo, y por consiguiente, el cristianismo y el islamismo. Por lo tanto, todo teósofo que se conforma con una teoría de la divinidad «basada, no en la revelación, sino en la inspiración personal,» puede aceptar cualquiera de las definiciones anteriores ó pertenecer á cualquiera de esas religiones, sin salirse de los estrictos límites de la Teosofía, pues no es esta otra cosa más que la creencia en lo Divino considerado como *Todo*, el Origen de toda existencia, lo Infinito que no puede ser comprendido ni conocido. *Lo que sólo el universo revela, ó también Aquel*, como podríamos decir para agradar á los que quieren sexualizar, lo que no se puede antropomorfizar sin blasfemia. La verdadera Teosofía aborrece la materialización brutal; prefiere creer que concentrado en sí mismo desde la eternidad, el Espíritu divino no quiere, ni crea, sino que en el esplendor infinito que por todas partes emana de ese gran Centro, lo que produce todo lo visible é invisible es sólo un rayo que en sí contiene los poderes de generación y concepción, el que á su vez produce lo que los griegos llaman el macrocosmo, los cabalistas, *Tikkoun* ó *Adam Kadmon*, el Hombre arquetipo, y los ários, *Purusha*, *Brahm* manifestado ó el varón divino. Cree también la Teosofía en la anástasis ó continuación de la existencia, y en la transmigración (evolución) ó serie de alteraciones del yo personal; creencia que puede ser defendida y explicada por medio de principios estrictamente filosóficos, si se establece una diferencia entre el *Paramatma* (el Espíritu transcen-

dente Supremo) y el *Jivatma* (el espíritu individual) de los Vedantinos.

Para definir claramente la Teosofía, hemos de considerarla bajo todos sus aspectos. No ha sido el mundo interior ocultado á todos por una impenetrable obscuridad. Gracias á aquella intuición superior que nos da la Teosofía ó conocimiento de Dios, y que transporta la inteligencia del mundo de la forma al del Espíritu sin forma, algunos hombres pudieron en todas las épocas y en todos los países percibir á veces las cosas del mundo interior ó invisible. Así es que la *Samâdhi* ó *Dhyan yogsamâdhi* de los ascetas indios, la *Daïmonoplexia* ó iluminación espiritual de los neo-platónicos, la «confabulación sideral del alma» de los rosa-cruces ó filósofos del fuego, los trances (1) estáticos de los místicos, y los de los magnetizadores y espiritistas modernos, todas esas manifestaciones, aunque diversas, son de idéntica naturaleza en el fondo. La investigación por el hombre de su yo divino, tan á menudo interpretada erróneamente como una comunión individual con un dios personal, fué siempre el objeto de todos los místicos, y la creencia en las facultades superiores de ese yo divino, parece ser contemporánea del génesis de la humanidad, habiéndole dado cada pueblo diferente nombre. Así vemos que Platón y Plotino designan por «obra noética» lo que los yoguis y shrôtriyas llaman *Vidya*.

Por la reflexión, el conocimiento de sí mismo y la disciplina intelectual, puede el alma alcanzar la visión

---

(1) Trance es una palabra inglesa empleada en el sentido de éxtasis sonambúlico por los espiritistas franceses. (Nota del traductor.)

de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza eternas, es decir, la visión de Dios.

Esta es la *epopteia*, decían los griegos.

«Para unir su alma al Alma Universal,» dice Porfirio, «sólo basta un espíritu perfectamente puro. Por la contemplación del yo, la castidad absoluta y la pureza corporal, podemos acercarnos á *Ella* y obtener en ese estado la verdadera ciencia y una visión interior admirable.»

*Swami Dayâmund Saraswati*, (1) que no ha leído ni á Porfirio ni á los demás autores griegos, pero profundamente versado en la ciencia védica, dice en su *Veda Bâshya* (opasna prakaru ank. g.): «Para obtener *Dikshâ* (la más elevada iniciación) y *Yog*, preciso es practicar lo prescrito... El alma, en el cuerpo humano, puede realizar los mayores prodigios por el conocimiento del Espíritu universal (ó Dios), y poniéndose al corriente de las propiedades y cualidades ocultas de todas las cosas del universo, puede un ser humano adquirir (un *Dikshit* ó iniciado) de este modo la facultad de ver y oír á grandes distancias.» En fin, Alfredo R. Wallace, miembro de la Sociedad Real, espiritista, aunque naturalista de primer orden, dice con candor: «El *espíritu* sólo es quien siente, percibe y piensa, adquiere la ciencia, razona y aspira... Se encuentran frecuentemente individuos constituídos de tal manera, que en ellos puede el espíritu percibir independientemente de los órganos corporales de los sentidos, y hasta á veces abandonar su cuerpo por algún tiempo en totalidad ó en parte, volviendo al

---

(1) Sabio pandit y filósofo, cuya muerte ocurrida en 30 de Octubre de 1883, deploran la India y la Sociedad Teosófica.

mismo luego; más fácilmente comunica el espíritu con el espíritu, que con la materia.» Aun hoy día, que miles de años separan nuestra era de gran civilización (1) de la época de los gimnosofistas, y quizás gracias á esa aurora que derrama su luz radiante en el reino psicológico, así como en el físico de la Naturaleza, nos es dado atestiguar que más de veinte millones de hombres creen bajo otra forma, en esos mismos poderes espirituales; en los que los yoguis, así como los pitagóricos, creían hace cerca de tres mil años.

Así como el místico Ario pretendía resolver todos los problemas de la vida y de la muerte, una vez que había obtenido el poder de obrar independientemente de su cuerpo, por su *Atman* «yo» ó «alma;» así como los antiguos griegos buscaban á *Atmu*, el sér oculto ó dios-alma del hombre, con el espejo simbólico de los misterios tesmoforianos, de igual modo creen los espiritistas actuales que los espíritus, es decir, las almas de las personas desencarnadas, son capaces de comunicarse de un modo visible y tangible con los que en la tierra amaron. (2) Y todos ellos, yoguis, ários, filósofos griegos y espiritistas modernos, basan su creencia en este hecho, que el alma que está encarnada y su Espíritu que no lo está jamás—el verdadero yo,—no se hallan separados del alma universal y de los demás espíritus por el espacio, sino simplemente por una diferenciación de cualidades,

---

(1) La realidad de los poderes de los yoguis ha sido afirmada por varios autores griegos y romanos que designan á los yoguis indios con el nombre de gimnosofistas, entre otros por Estrabon, Lucano, Plutarco, Ciceron (Tuscul), Plinio (VII, 2), etc.

(2) Lo cual no es obstáculo para que rarisimas veces suceda lo que pretenden. (Nota del Traductor.)

pues no pueden existir barreras en la extensión sin límites del universo, y que una vez descartada esta diferencia—por la contemplación abstracta, según los griegos y los ários que produce la liberación temporal del alma oprimida, y según los espiritistas, por el mediumismo—hácese posible esta unión entre los espíritus encarnados y desencarnados. Hé aquí por qué pretendían los yoguis de Patanjali y con ellos después, Plotino, Porfirio y demás neo-platónicos, que se habían unido á Dios durante sus horas de éxtasis, ó más bien que habían llegado á convertirse con Él en un sólo sér, y esto repetidas veces en el transcurso de su vida. Por errónea que parezca esa idea de unión cuando se aplica al Espíritu universal, ha sido y es aún defendida por filósofos demasiado eminentes para que se pueda desechar pura y simplemente como una quimera. El único punto negro de esa filosofía de extremo misticismo, en los casos de los *Theodidaktoi*, es que querían incluir bajo el nombre de percepción sensual, lo que sólo es iluminación extática. En el caso de los yoguis, que afirmaban poder contemplar á Iswara «cara á cara», su pretensión fué eficazmente echada por tierra por la lógica austera de los discípulos de Kapila, fundador de la filosofía Sankhya. En cuanto á las afirmaciones parecidas de los griegos que siguieron sus huellas, de una larga serie de extáticos y por fin de los dos últimos que desde hace cien años se han vanagloriado de «vér á Dios,»—Jacobó Böhme y Swedenborg—son pretensiones que habrían de ser discutidas filosófica y lógicamente, y que lo hubiesen sido si alguno de nuestros hombres de ciencia más eminentes que se ocupan de espiritismo, hubiesen mirado con mayor

interés la filosofía de ese sistema que sus fenómenos vulgares.

Dividíanse los teósofos de Alejandría en neófitos, iniciados y maestros ó hierofantes; estaban copiadas sus reglas sobre las de los antiguos misterios de Orfeo, quien, según Herodoto, las había traído de la India. Hacía Ammonius jurar á sus discípulos el no divulgar sus doctrinas superiores excepto á los que fuesen dignos de las mismas ó que hubiesen sido iniciados y que sabían ver á los dioses, los ángeles y los demonios de los demás pueblos, según la *hyponia* ó sentido tácito esotérico. «Existen los dioses, pero no son estos lo que *hoi polloi* (el vulgo ignorante supone),» dice Epicuro, «no es ateo aquel que niega la existencia de los dioses que adora la muchedumbre, sino aquel que presta á esos dioses las opiniones de esa muchedumbre. Declara á su vez Aristóteles, que «lo que se llama los dioses, no son sino los primeros principios de la divina esencia que impregna al mundo natural.»

Plotino, discípulo de Ammonius, el «enseñado por Dios,» nos dice que la *gnosis* ó conocimiento secreto de la Teosofía, tiene tres grados: opinión, ciencia é iluminación. «Posee la primera por instrumentos ó medios, los sentidos ó la percepción; la segunda, la dialéctica; y la tercera, la intuición. Está subordinada la razón misma á esta última, es el conocimiento absoluto fundado en la identificación del espíritu con el objeto conocido.

Es la Teosofía en cierto modo, la *ciencia exacta* de la psicología; está, respecto al mediumismo natural y sin cultura, en la misma relación en que se hallan los conocimientos de un Tyndall con los de un alumno en ciencias físicas. Desarrolla en el hombre



una visión directa, á la que llama Shelling «la inteligencia de la identidad del sujeto y del objeto en el individuo,» de modo que, influído por el conocimiento de la *hyponia*, el hombre piensa pensamientos divinos, ve todas las cosas como realmente son, se convierte, en una palabra, «en el recipiente del alma del mundo;» según la expresión hermosa de Emerson «yo, lo imperfecto, adoro á mi propio perfecto,» dice en su admirable *Essay on the Oversoul*. Además de ese estado psicológico ó estado del alma, cultivaba la Teosofía todos los ramos de las ciencias y las artes. Conocía en absoluto lo que llaman hoy vulgarmente el magnetismo. Rechazaban los teósofos la teurgía práctica ó «magia ceremonial,» de la que el clero católico romano se sirve tan frecuentemente en sus exorcismos. Sólo Jámblico sobrepujó á los demás eclécticos añadiendo á las demás doctrinas teosóficas la de la teurgía. Cuando ignora el hombre el verdadero sentido de los símbolos esotéricos divinos de la naturaleza, está expuesto á medir de un modo imperfecto los poderes de su alma; en vez de unirse espiritual y mentalmente con los séres celestes superiores (los dioses de los teurgistas de la escuela platónica) inconscientemente evocará á las potencias perniciosas y sombrías que vagan en derredor de la humanidad, y á las espantosas y tenaces creaciones de los vicios y crímenes; caerá de la *teurgia* ó magia blanca, en la *goecia*, magia negra ó brujería. Sin embargo, ni una ni otra son lo que entiende la superstición popular por el término de magia negra ó blanca.

Creer en la posibilidad de evocar espíritus por medio de la llave de Salomón, es el colmo de la superstición y de la ignorancia. Sólo la pureza de acción y

de pensamiento puede ponernos en relación con los dioses y hacernos alcanzar el objeto propuesto. La alquimia, que en opinión de tantas personas fué una filosofía espiritual y una ciencia física al mismo tiempo, formaba parte de las enseñanzas de la escuela teosófica. Digno de atención es el hecho que ni Zoroastro, Buddha, Orfeo, Pitágoras, Confucio, Sócrates ni Ammonius Saccas hayan confiado nada á los escritos. Fácil es comprender la razón de ello. La Teosofía es arma de dos filos y no es buena en manos del ignorante ó del egoísta. Tiene, como todas las antiguas filosofías, sus partidarios entre los modernos; pero hasta una época muy reciente, sus discípulos, poco numerosos, pertenecían á sectas y opiniones muy diversas. «Aunque dedicados esencialmente á las teorías especulativas, no hayan fundado escuelas, ejercen, sin embargo, en la filosofía, una silenciosa influencia; y no dudo de que, llegado el momento, algunas de las ideas presentadas así, sin ostentación, pueden imprimir nueva dirección al pensamiento humano,» dice M. Kenneth, R. H. Mackenzie, místico y teósofo, en su importante y notable obra *Enciclopedia Real*, etc. (véanse los artículos «Sociedad Teosófica de Nueva York» y «Teosofía,» pág. 731). Desde la época de los filósofos del fuego, nunca habíanse organizado en Sociedades á causa de las persecuciones del clero cristiano que los acosaba como animales salvajes, pues el ser conocido por teósofo equivalía, á menudo, hace un siglo, á una sentencia de muerte.

Demuestra la estadística, que durante un período de ciento cincuenta años, no bajó de noventa mil el número de hombres y mujeres quemados en Europa

so pretexto de brujería. Solo en la Gran Bretaña, desde 1640 á 1660, en veinte años, tres mil personas fueron ejecutadas, acusadas de «pacto con el diablo.» Solamente ahora, en el siglo presente, en 1875, algunos místicos y espiritualistas avanzados, no satisfechos con las teorías y explicaciones presentadas por los espiritistas, y considerando que distaban mucho de aclarar el vasto horizonte de los fenómenos, fundaron en Nueva York, América, una asociación bien conocida hoy día, con el nombre de Sociedad Teosófica.

---

---

## II

### QUIÉNES SON LOS TEOSOFISTAS

---

Aquel que seriamente quiera profundizar las ciencias psicológicas debe ir al sagrado país de la antigua Aryavarta. Ninguno es más antiguo que ella en esotérica sabiduría y en civilización, por degradada que esté su miserable sombra; la India moderna. Considerando á este país, como lo hacemos nosotros, como el fructífero semillero de donde han procedido todos los subsiguientes sistemas filosóficos, á él una porción de nuestra sociedad á ido para estudiar su antigua sabiduría y pedir la comunicación de sus misteriosos secretos. Ha hecho ya la Filología demasiados progresos, para que sea necesaria en el día de hoy una demostración de este hecho, ó sea del derecho que á la primogenitura tiene la nacionalidad del Aryavarta. Las hipótesis sin fundamento alguno, y llenas de preocupaciones de la Cronología moderna, no son dignas ni de un momento de atención, y se desvanecerán con el tiempo á manera de otras hipótesis más ó menos imaginarias.

La línea de herencia filosófica, desde Kapila pa-

sando por Epicuro hasta llegar á James Mill; de Patanjali por Plotino á Jacob Böhme, puede ser trazada como la del curso de un río al través de un país. *Uno de los objetos de la organización de la sociedad ha sido el examinar las opiniones en exceso transcendentales de los espiritistas en lo que á los poderes de los espíritus desencarnados se refiere; y, habiéndoles dicho lo que, según nuestra opinión al menos, no son, un gran parte de sus fenómenos, nos corresponderá en la actualidad el demostrar cuál es la naturaleza de los mismos.* Tan á la vista está que es en Oriente y especialmente en la India en donde debe ser buscada la clave para los pretendidos «sobrenaturales» fenómenos de los espiritistas, que ha sido confesado en el Allahabad Pioneer (11 de Agosto de 1879) un periódico anglo-indiano, que no goza por cierto de la reputación de decir lo que no piensa. Criticando á los hombres de ciencia que «ocupados en descubrimientos físicos, se han mostrado durante algunas generaciones en exceso dispuestos á desdeñar las investigaciones superfísicas,» hace mención «de la nueva oleada de duda» —(espiritismo) que ha perturbado últimamente esta convicción. Para un gran número de personas, entre las cuales las hay de gran cultura é inteligencia, añade: «lo sobrenatural de nuevo por sí mismo se ha afirmado como un digno asunto para la investigación y el estudio. Y existen plausibles hipótesis en favor de la idea de que entre los sabios del Oriente —pueden ser encontradas en mucho mayor grado que entre los más modernizados habitantes de Occidente, trazas de todas aquellas peculiaridades personales, sean las que fueren, que se requieren como condición indispensable para la ocurrencia de fenó-

menos sobrenaturales.» Y después, sin darse cuenta de que la causa en cuyo favor aboga es uno de los principales objetivos de nuestra sociedad, observa el escritor que aquella es «la única dirección en la cual, según nuestro parecer, pueden los esfuerzos de los Teosofistas ser útiles en la India. Los miembros que en la India están al frente de la Sociedad Teosófica son conocidos como personas muy competentes en fenómenos ocultos, ya en la actualidad, y no podemos nosotros menos de esperar que sus declaraciones en favor de la filosofía oriental..... dejen de encubrir una intención reservada de dedicarse á un género de exploración tal como el que hemos indicado.»

Si bien se habrá observado que el anterior es uno de nuestros objetos, sólo es uno de los muchos; *el más importante* de todos ellos *es el hacer revivir la obra de Ammonius-Saccas, y recordar á las varias naciones que «unas son hijas de otras.»* En lo referente á la parte transcendental de la antigua Teosofía, tiempo es ya de que la Sociedad Teosófica se explique. ¿Hasta qué punto, pues, conviene la sociedad en lo referente á la investigación de la naturaleza, en cuanto á la ciencia de buscar á Dios de los antiguos místicos arjos y griegos, y respecto de los poderes del moderno mediumismo espiritista? Nuestra contestación es:— *en todo.* Pero si se pregunta qué es lo que cree, la contestación será:—«*como cuerpo—nada.*» La sociedad, como cuerpo, no tiene creencia ninguna, desde el momento en que las creencias sólo son las certezas que al conocimiento espiritual envuelven; y la Teosofía en su grado más elevado es el conocimiento espiritual mismo—la misma esencia de la

investigación filosófica y teística. Representante visible de la Teosofía Universal, no puede ser más sectaria que una Sociedad Geográfica, la cual representa la exploración geográfica universal, sin meterse en averiguar á qué religión los exploradores pertenecen. La religión de la sociedad, es una ecuación algebraica en la cual mientras el signo de igualdad no sea suprimido, á cada miembro se le permite el sustituir cantidades propias de sí mismo, que estén más en armonía con las exigencias climatológicas de su país, con las idiosincrasias de su población y hasta con las suyas propias. No habiendo aceptado creencia alguna, nuestra sociedad se encuentra siempre dispuesta á dar y á tomar, á aprender y á enseñar por medio de la experimentación práctica, como opuesta á la mera pasiva y crédula aceptación del dogma impuesto. Está dispuesta á aceptar cualquier resultado pretendido por las escuelas antes citadas, que pueda ser *lógica y experimentalmente demostrado; por el contrario, nada puede aceptar fundándose en mera fe, importándole bien poco sea el que sea quien lo pida.*

Pero cuando entramos á considerarnos *individualmente, sucede una cosa por completo distinta.* Los miembros de la sociedad representan las nacionalidades y razas más diversas, y han nacido y sido educados en las creencias y condiciones sociales más distintas. Unos creen en una cosa, otros en otra. Algunos se inclinan á la antigua magia, ó sabiduría secreta que en los santuarios se enseñaba, la cual era por excelencia lo opuesto del sobrenaturalismo ó diabolismo; otros al espiritismo moderno, ó pretendida comunicación con los espíritus de los muertos; otros al mesme-

rismo ó magnetismo animal, considerándolo únicamente como una fuerza dinámica y oculta de la naturaleza. Un cierto número solamente ha adquirido alguna creencia definida, pero los que lo constituyen permanecen en un estado de atenta espectación; y entre ellos los hay igualmente que se llaman á sí mismos materialistas en cierto sentido. *En cuanto á ateos y sectarios fanáticos de cualquier religión, no existe ninguno en la sociedad;* porque el hecho por sí sólo de entrar uno en la misma, demuestra que va en busca de la verdad final en lo que á la esencia de las cosas se refiere. Si existiere una cosa tal como un ateo especulativo, lo cual muchos filósofos niegan, tendría que desechar al mismo tiempo la causa y el efecto, sea en este mundo de materia, sea en el del espíritu. Puede haber miembros que, á manera del poeta Shelley, hayan dejado volar su imaginación de una causa á otra causa anterior y *ad infinitum*, desde el momento en que cada una de ellas se transforma lógicamente en un resultado que necesita una causa anterior, hasta que han reducido al eterno á una mera niebla. Pero no son por cierto ateos en el sentido especulativo, si identifican las fuerzas materiales del Universo con las funciones con las cuales los teístas dotan á su Dios, ó de otra manera; puesto que, desde el momento en que no pueden prescindir de la concepción del ideal abstracto de poder, causa, necesidad y efecto, sólo pueden ser considerados ateos con respecto á un Dios personal, y no en lo que al Alma Universal de los Panteístas se refiere. Por otra parte el sectario fanático, cercado por una creencia á manera de valla sobre cada uno de cuyos postes está escrita la advertencia: «No se permite el paso,»



ni puede salir de su cercado para unirse con la Sociedad Teosófica, ni aunque pudiese hacerlo, tiene ésta lugar para uno á quien la religión misma prohíbe el libre examen. La idea que constituye la raíz misma de la Sociedad es la libre é intrépida investigación.

*Como cuerpo, sostiene la Sociedad Teosófica, que todos los pensadores é investigadores originales de la región oculta de la naturaleza, ya sean materialistas—aquellos que encuentran en la materia «la promesa y potencia de toda vida terrestre.» ó espiritualistas—que son los que en el espíritu descubren el origen de toda energía lo mismo que el de la materia, han sido y son Teosofistas en la verdadera acepción de la palabra, puesto que para serlo, no es preciso que necesariamente reconozca uno la existencia de algún Dios ó deidad especial. No necesita uno más que adorar el espíritu de la naturaleza viviente y procurar el identificarse con él; reverenciar á aquella Presencia, siempre invisible á pesar de lo cual está siempre manifestándose en sus resultados incesantes el intangible Omnipotente y Omnipresente Proteo, indivisible en su Esencia y eludiendo la forma, y sin embargo apareciendo bajo de todas y de cada una de las formas; que está aquí y allí, en todas partes y en ninguna; que es todo y nada, y á pesar de esto goza de la obicuidad: la Ciencia que lleva, une, rodea y contiene todas las cosas, y que en todas está contenida. Pensamos se verá ahora, que ya sean clasificados como Teístas, Panteístas ó Ateos, hombres tales son parientes cercanos del resto. Sea como sea, desde el momento en que uno que estudia abandona el antiguo y trillado camino real de la rutina, y entra en el*

sendero solitario del pensamiento independiente—hacia Dios—es un Teosofista, un pensador original, uno que busca la verdad eterna, con «una inspiración propia de sí mismo» para la resolución de los problemas universales.

Con cada uno de los hombres que buscan por sí mismos y ardientemente el conocimiento del Principio divino, el de las relaciones que con el hombre le unen, y el de las manifestaciones del mismo en la naturaleza, está aliada la Teosofía. Es igualmente amiga de la ciencia de buena fe, distinguiéndola de la que pasa por exacta, ciencia física, si no entra en el dominio de la psicología y de la metafísica.

Está también unida á toda religión honrada, á saber: á toda religión que consiente en ser juzgada por los mismos procedimientos de que hace uso para juzgar á las demás. Aquéllos libros que contienen la verdad más evidente por sí misma son inspirados (no revelados). Pero á todos los libros, teniendo en cuenta el humano elemento que en ellos existe, los considera como inferiores al Libro de la Naturaleza, que para ser leído y comprendido correctamente necesita que los innatos poderes del alma estén en alto grado desarrollados. Las leyes ideales pueden ser percibidas por la facultad intuitiva solamente, están más allá del dominio del argumento y de la dialéctica, y no puede nadie comprenderlas ni apreciarlas debidamente por medio de las explicaciones de otra inteligencia, aunque esta pretenda poseerlas por directa revelación.

Y como esta Sociedad, que permite los más anchos vuelos en las regiones del ideal puro, permanece no menos sólidamente afirmada en la esfera de los

hechos, su deferencia á la ciencia moderna y á sus dignos representantes es sincera. A despecho de su falta de una intuición espiritual más elevada, es inmensa la deuda del mundo hacia los representantes de la moderna ciencia física; de aquí que la Sociedad se adhiera de buen grado á la noble é indignada protesta del sabio y elocuente predicador el Rev. O. B. Frothingham, en contra de todos aquellos que procuran rebajar los servicios de nuestros grandes naturalistas. «Hablar de la ciencia diciendo que es anti-religiosa, atea,» dijo en un reciente discurso pronunciado en New-York, cuando la ciencia está creando una nueva idea de Dios. A la ciencia se debe después de todo, el que poseamos alguna concepción del Dios viviente. Si no nos convertimos en ateos uno de estos días bajo del enloquecedor influjo del Protestantismo, á la ciencia se deberá, porque nos está desengañando acerca de las horribles ilusiones que nos atormentan y embarazan, poniéndonos en estado de raciocinar acerca de las cosas que vemos.»

Y á los trabajos infatigables de Orientalistas tales como Sir W. Jones, Max Muller, Burnouf, Colebrooke, Haug, St. Hilaire, y de muchos otros se debe el que la sociedad como cuerpo, sienta un respeto y veneración igual hacia las religiones Védica, Buddhista, Zoroastriana, y á todas las demás antiguas religiones del mundo; y que experimente un sentimiento igualmente fraternal hacia el Indio, Cingalés, Parsi, Jain, Hebreo, y respecto á los miembros Cristianos de la misma, como estudiantes individuales del «yo» de la naturaleza, y de lo divino que en la naturaleza existe.

Nacida en Los Estados Unidos de América, la

constitución de la Sociedad ha seguido el modelo que su País Madre le presentaba. Este último, al omitir el nombre de Dios de su constitución, no fuera que sirviese de pretexto algún día para dar origen á una religión del Estado, concede en sus leyes una absoluta igualdad á toda religión. Todas están toleradas y cada una de ellas protegida á su vez por el Estado. Modelada la Sociedad sobre esta constitución, bien puede ser llamada una «República de la Conciencia.»

Creemos ahora haber puesto en claro, porque nuestros miembros, como individuos, están en libertad de permanecer dentro ó fuera de la creencia que gusten, con tal de que no pretendan que nadie más que ellos goza del privilegio de conciencia, y de que no procuren imponer sus opiniones sobre los demás. En esto las Reglas de la Sociedad son muy rigurosas. Procura conducirse con arreglo á la sabiduría del antiguo axioma Buddhista: «Honra á tu propia fe, y no desprecies las de otros.» Por encima de todas las humanas sectas se cierne la Teosofía en su sentido abstracto; la Teosofía es en exceso inmensa para que ninguna de ellas le contenga, pero con facilidad las contiene á todas.

En conclusión, podemos afirmar que más ancha y mucho más universal en sus opiniones que ninguna de las Sociedades existentes, meramente científicas, tiene como ventaja sobre la ciencia el creer en toda clase de posibilidades y una voluntad decidida para penetrar en aquellas desconocidas y espirituales regiones que, según pretende la ciencia exacta, nada tienen que ver sus representantes con la exploración de las mismas. Y posee una cualidad más que cualquiera de las religiones, pues no hace diferencia nin-

guna entre gentiles, judíos y cristianos. En un tal espíritu es en el que la Sociedad ha sido establecida bajo la base de una Fraternidad Universal.

No ocupándose en absoluto de política; hostil á los sueños insanos de socialistas y comunistas, cuyos sistemas aborrece—desde el momento en que los dos no son más que conspiraciones disfrazadas de la fuerza brutal y de la holganza en contra del trabajo honrado—la sociedad se ocupa bien poco de las cuestiones exteriores del mundo material. El conjunto de sus aspiraciones se dirige hacia las verdades ocultas de los mundos visibles é invisibles. Que el hombre físico esté sujeto á las leyes de un imperio ó de una república, sólo importa al hombre de materia. Puede su cuerpo ser esclavizado; en cuanto á su alma, derecho tiene á dar á sus legisladores la digna respuesta de Sócrates á sus jueces: «Sobre el hombre interno, no tienen ellos poder ninguno.»

Tal es, pues, la Sociedad Teosófica, y tales son sus principios, sus múltiples designios y sus objetos.

---

---

### III

## SENTIDO COMUN DE LA TEOSOFÍA

---

Difícil es derribar el muro de falsas concepciones, que á manera de murallas de la China, rodea por completo todo aquello que aparece como nuevo en la región del pensamiento. La asimilación por la inteligencia del público, de ideas que permanecen fuera de su vida diaria, mecánicamente regulada, es un proceso lento, que no justifica el vigor de la constitución. Porque todos los movimientos que poseen, después de todo, alguna vitalidad, siempre provocan en un grado no usual las facultades imaginativas de sus contrarios. Caricaturas más ó menos fantásticas de los designios y métodos de un movimiento que lucha, salen á luz gracias á un proceso inconsciente de invención, siendo presentadas después solemne y pomposamente. Al final de la empresa, cuando se ve que el enemigo de la ortodoxa indolencia y de la indiferencia respetable, gana terreno en medio de la polvorienta borrasca de

falsas interpretaciones, contéplase con desprecia-  
tivo asombro á la personalidades que han carecido  
de la decencia y del buen sentido de morir al man-  
darlo sus antagonistas.

El movimiento Teosófico no ha demostrado ser  
excepción alguna á esta regla. La oposición que con-  
tra el mismo se levanta, es generalmente en forma  
de tentativas para quitarse de encima á este per-  
turbador de la tranquilidad establecida, encontra-  
do alguna excusa para ignorar su existencia. En  
todas direcciones se hallan dispuestas salidas fal-  
sas, y en la confusión, un examen sencillo de las  
verdades que la Teosofía encarna, es evitado. Es un  
trabajo inútil el perseguir á la progenie del error,  
la cual, á manera de los gigantes de la leyenda  
*Escandinava*, salen durante la noche á matar y á  
devorar, pero que se funden en un vapor sutil al  
ser sorprendidos por un rayo del sol. El dar coces  
contra el agujón, es perfectamente inútil. Olvidando  
esto, muchos, según las palabras del autor de *Re-  
ligio Medici*, «han atacado denodadamente al ejér-  
cito del error, y en manos de los enemigos han  
quedado como trofeos» Nos proponemos, pues,  
manifestar clara y francamente lo que es la Teo-  
sofía en realidad, y cuáles son los trabajos que la  
Sociedad Teosófica ha emprendido, abandonando  
la decisión al buen sentido del lector. Sólo nos  
ocuparemos aquí muy ligeramente de la metafísica  
trascendental de la Teosofía. El que quiera, podrá  
encontrar mayor información en las publicaciones  
de la Sociedad Teosófica y en las obras de los Teo-  
sofistas del día.

¿Qué es, pues, la Teosofía? Innumerables son

las falsas concepciones á que la palabra ha dado lugar. La etimología no arroja gran luz sobre la misma. La interpretación «Sabiduría Divina, puede aplicarse á un campo muy vasto. Sin ocuparnos de la historia de la palabra, puede afirmarse que los principales expositores de la presente resurrección de la Teosofía la consideran sinónima de Sabiduría Religión. Esta interpretación, al paso que no está expuesta á grandes objeciones filológicas, es lo suficientemente precisa para todas las necesidades literarias. Teosofía, desde su punto de partida, es palabra sinónima de Verdad —la Verdad ha sido vestida con distintos trajes de religión;— también implica que esta Verdad puede alcanzarse por medio de un desarrollo natural de la sabiduría, sin tener que recurrir á la intervención de medios sobrenaturales. Se verá, por lo tanto, que la Teosofía no ataca á infalibilidad de ningún sistema particular de revelación, sino que sostiene que, bajo condiciones apropiadas, la Verdad por sí misma se revela á todos los individuos. El sol brilla igualmente para todos; el cristal, lo refleja; el barro, no. Además da gran valor, la Teosofía, á todos los sistemas de revelación, considerándolos á manera de señales que indican la dirección en que la Verdad debe buscarse, si bien no los acepta como invitaciones á renunciar á la investigación personal. Este principio de la Teosofía está fundado en la consideración de que la verdad es el resultado de la experiencia real, y en que no consiste en la transferencia de símbolos intelectuales de una persona á otra. El hablar acerca de la Verdad es una cosa, y el percibirla es otra por completo distinta. Es un hecho perteneciente á la experiencia común, que la más



precisa y minuciosa descripción de una flor no equivale en manera alguna á verla y tocarla, por perfecta que su descripción haya sido. De aquí el que se considere, por consiguiente, á la conciencia individual, como al único criterio de Verdad; pero esta conciencia deriva material auxilio en su desarrollo y expansión del estudio y experiencias de otros. Así es, que la Teosofía enseña que el ejercicio personal es el único medio por el que pueden verificarse progresos. Pero durante el esfuerzo para progresar, no debe ignorarse la postrera unidad de conciencia. Los individuos no son cristales distintos, colocados unos al lado de otros; son, por el contrario, las varias manifestaciones de una conciencia universal é inmutable. Así como la luz que procede de un solo foco, produce la ilusión de diferentes luces, por reflexión de distintas superficies, no de otra manera esta conciencia universal, permaneciendo inmutable en sí misma, da origen á individualidades innumerables, que durante el curso de su evolución, la perfección logran, reconociendo esta unidad esencial. Según los pensadores Teosóficos, esta doctrina constituye la Verdad fundamental sobre la que todas las religiones están fundadas; es la resultante final de todo pensamiento filosófico y la experiencia que corona á todo misticismo práctico.

El ir en busca de esta verdad, y la realización práctica de la misma, no se considera como una mera gratificación de la curiosidad intelectual, sino como el verdadero *summum bonum* del progreso evolucionario. Es el Nirvana de los Buddhistas, el Moksha de los Brahmanes, y no se diferencia gran cosa de la Visión Beatífica de los Cristianos. Cuando esta con-

dición ó más bien este estado incondicionado, es realizado en la conciencia, el dolor queda para siempre extinguido. *No es Nirvana en manera alguna la anihilación de la conciencia, es por el contrario, el reposo en la plenitud infinita del sér.* Para nada es necesario el discutir las opiniones Nihilistas del Buddhismo, que algunos hombres de ciencia distinguidos han dado á luz; basta decir que en este punto comparten los Teosofistas la responsabilidad de sus opiniones con muchos nombres de gran eminencia. Nirvana es la extinción de todo sufrimiento, porque siendo la unidad final de todo ser, no pueden allí obrar todas estas fuerzas contendientes, que son la causa única del dolor.

Procediendo sobre esta base, pueden los rasgos esenciales de la Teosofía ser puestos en relieve, determinando sus relaciones con la religión y la ciencia. Como Ciencia de la Religión considera á los distintos sistemas de fe, como á otros tantos lenguajes que procuran expresar la verdad acerca del hombre, de su origen, de su naturaleza, y destino, lo mismo que en lo que se refiere á sus relaciones con el mundo de objetos que le rodean. Pero así como una palabra ó frase no es nada más que una serie de sonidos, cuando falta la experiencia respecto de aquello á lo cual se refiere, del mismo modo la comprensión apropiada del simbolismo religioso no puede ser adquirida más que realizando las verdades que bajo del mismo permanecen ocultas. Desde el punto de vista Teosófico, los distintos sistemas religiosos aparecen como formas distintas desenvueltas por las condiciones de tiempo, lugar, y otras causas especiales, con objeto de encarnar á la verdad incorpórea.

Es necesario ponerse en guardia contra una falsa concepción que puede aquí originarse. La Teosofía no es eclecticismo, pues este es un mosaico, mientras que la sabiduría Religión es un orgánico todo. Viene á ser la Teosofía una fórmula matemática abstracta cuyas aplicaciones particulares constituyen las distintas religiones. No escoge fragmentos de todas las religiones y los une según alguna norma imaginaria de simetría, sino que siendo la misma verdad interna, mira la Teosofía á las religiones como á las varias descripciones de aquella verdad. No reconocerá más antagonismos entre las religiones, que condenará la lingüística la descripción de la misma cosa en lenguajes diferentes á causa de las peculiaridades de idioma y gramática. La Teosofía no es hostil á ninguna de las religiones, pero se considera obligada en interés de la verdad á oponerse á la tiranía de las formas eclesiásticas sobre los individuos. La humanidad, durante el curso de su evolución, da origen á individuos que aventajan á la generalidad en la realización de la verdad, y de esta manera es posible que las capacidades de la verdad se manifiesten en un período determinado de tiempo. Para ayudar á las masas que luchan ciegamente por la luz de la verdad, estos instructores del género humano construyen un simbolismo de palabras y emblemas para representarla. Pero como la obtención de la sabiduría es un cambio en la calidad de la conciencia del que la obtiene, y no meramente una expansión superficial de la misma, el simbolismo, aunque eminentemente útil, no es en sí mismo conocimiento espiritual, y jamás en este podrá convertirse, excepto cuando sea «interiormente digerido.» El proceso físico de la digestión

proporciona una sorprendente analogía acerca de este punto.

El alimento asimilado por organismos distintos, sigue sus diferencias originales. El alimento espiritual al ser asimilado, comparte las peculiaridades del individuo, y no pueden dos individuos ser exactamente idénticos, sea físicamente ó de otra manera. Una suposición contraria violaría la *lex parsimonie*, en la naturaleza. Por consiguiente, la Teosofía es la imparcial mantenedora de la libertad de la conciencia individual. Por otra parte condena el desegoísta por el desarrollo de uno mismo como pecaminoso, á causa de su violación de la unidad esencial del sér; uno de los más grandes Teosofistas del mundo, Gautama—Buddha ha declarado: «Caigan sobre mí todos los pecados del Kali-Yuga, y quede el mundo redimido.» Esta noble sentencia encontró un ecò en el Apostol Cristiano, que hubiera consentido en ser anatematizado por Cristo si con ello hubiese podido salvar al mundo.

Ni siente tampoco la Teosofía antagonismo alguno hacia el espíritu científico. Desde el momento en que pretende ser la religión de la verdad, debe mostrarse la más exacta de todas las ciencias exactas. Según ella, no puede la verdad ser desasociada de la experiencia real; no puede la forma más intelectual de la misma ser más la verdad de lo que puede la palabra hombre ser el hombre mismo. Se opone á los dogmatismos de la ciencia, que niegan independiente realidad á hechos de experiencia mental á causa de su caracter eminentemente anti-científico. Si no existiese operación ninguna del pensamiento, la materia misma desaparecería. Lo contrario á esta

existencia de la materia, ó sea que esta exista independientemente de un consciente conocedor, jamás la experiencia lo ha demostrado. Por lo tanto, materia y conciencia ó son eternas ó no son nada. Además desecha la teoría mecánica del universo, en razón de su irracionalidad. Si la conciencia es derivable de la inconciencia, una de las leyes fundamentales de la razón queda anulada. La inconciencia es la negación de la conciencia, y por lo tanto una afirmación de la ausencia de toda clase de relaciones á la conciencia es su propiedad esencial. ¿Cómo puede, pues, ser relacionada con la conciencia hasta el punto de ser la causa, el origen de la misma? No nos libramos de la dificultad si á los mismos átomos consideramos conscientes. Porque la conciencia debe permanecer asociada con la noción de yo, y si para cada átomo tiene que postularse este ego-ismo, es inexplicable cómo un hombre compuesto de miríadas de átomos posee, sin embargo, una sola é indivisible noción de Yo. Claro es, por lo tanto, que existe en la naturaleza un principio de conciencia cuyas unidades no son átomos sino individualidades, y si el principio es eterno, también sus unidades deben serlo.

No puede el Occéano ser salado á menos de que la cualidad de serlo sea inherente á cada una de sus gotas. Por esto la Teosofía, entre otras razones, sostiene en contra del materialismo, que la humana individualidad es inmortal. Como quiera que sea, no pretende mantener que el cuerpo, emociones ó pensamientos actuales de un hombre, sean los mismos eternamente, sino que la unidad de conciencia que en la actualidad se manifiesta como hombre, jamás en su esencia sufrirá cambio alguno. Puesto que el cam-

bio, independiente de la conciencia, es inconcebible. Es de hecho la inmutabilidad de la conciencia lo que gracias á la comparación, convierte á la concepción del cambio en una realidad. No hay duda de que en el lenguaje ordinario frases tales como el «crecimiento y desarrollo de la conciencia» están en uso, pero estrictamente hablando, lo que cambia es la base en la cual la conciencia permanece inherente, siendo las frases en cuestión del mismo género que las que atribuyen movimiento al sol con respecto á la tierra. Además, si una unidad de conciencia tuviese que cambiar en esencia, ó lo que es lo mismo, sufrir la anihilación, lo mismo tendría que suceder á todas las demás unidades, dada la íntima relación que entre las mismas existe, viéndonos conducidos á la deducción de que el principio de conciencia en la naturaleza es destructible, mientras que la materia que en su ausencia no puede existir es indestructible.

De la indestructibilidad de la conciencia individual y de sus relaciones con la materia, dos importantes consecuencias se deducen.—Primera, que esta relación está cambiando perpetuamente en forma de una ley definida. Los resultados del cambio están enlazados unos á otros de un modo definido. Lo que en la actualidad existe ó sucede no deja de estar relacionado por completo con lo que ha sucedido ó existido. Esto es cuestión de experiencia y de hecho está la experiencia en ello fundada. Sin la ley de causación la experiencia sería imposible, en cualquier plano que á la experiencia consideremos, ya sea mental ya físico. Así es que por la aplicación de la ley de causación á nuestro sér, se deduce que la experiencia del placer y del dolor en el presente deben ser las consecuen-

cias necesarias de causas engendradas durante el pasado. Puede aquí levantarse la objeción de que es un hecho demostrado por la experiencia que muchos sufrimientos y placeres experimentamos sin tener la conciencia de haber nosotros engendrado las causas. Pero en realidad no tiene fuerza alguna. ¿Qué conexión existe entre nuestra conciencia de una causa y su poder para producir un efecto? Si en nuestro sistema entran gérmenes morbosos, no se previene la enfermedad en razón de haber permanecido inconscientes de la entrada de los mismos. Lo que sembréis, recogeréis, tanto si sembráis conscientemente, como si lo hacéis inconscientemente.

La ley de causación, así aplicada á la experiencia personal del sufrimiento y del placer, es conocida por los Buddhistas y Brahmanes con el nombre de Ley de Karma.

La segunda deducción se amolda á la primera y con ella forma un conjunto armonioso. Si la conciencia individual es inmortal y son sus experiencias gobernadas por la Ley de Karma, dedúcese como consecuencia, que durante tanto tiempo, como todas las causas capaces de producir efectos en el plano presente de vida, no han sido agotadas, y no detenida la generación de causas similares, la conciencia individual permanecerá relacionada con las experiencias de la existencia terrena. Por esta razón se encarna el *ego* sucesivamente en esta tierra hasta que ha reunido y coleccionado todas las experiencias que la vida en este planeta le puede ofrecer. La doctrina de la reencarnación es enseñada por todas las religiones del mundo, sin exceptuar el Cristianismo. En el Evangelio de San Mateo se declara de un modo que

no deja lugar á dudas que Juan el Bautista era la encarnación de Elías (cap. XVII, 12, 13.)

No es nuestro intento el discutir plenamente las bases científicas y metafísicas de la doctrina de la reencarnación, pues el asunto ha sido perfectamente tratado en una reciente publicación Teosófica. (1)

Pero no estará fuera de lugar el deténernos á considerar la objeción ética que con frecuencia contra esta doctrina se lanza ¿Es justo que una persona deba experimentar placer ó dolor por acciones cometidas en una vida previa acerca de las cuales ningún recuerdo es conservado? El argumento así aplicado se funda en la confusión de los dos diferentes significados de la palabra justicia, según se aplique á la regulación de asuntos humanos, ó á la operación de las leyes naturales. Está admitido que los seres humanos son imperfectos en lo que á sus conocimientos se refiere, y es necesario para el bienestar de la sociedad el que todos sus miembros tengan la seguridad de que no serán castigados arbitrariamente. Por esta razón es necesario que antes de aplicar un castigo la justicia del mismo quede demostrada. Pero la justicia desde el momento en que afecta á la operación de las leyes naturales es una cosa por completo distinta. Estando la marcha de la naturaleza invariablemente dirigida por la ley de causación, no se la puede reducir á condiciones que dependen de la admitida falta de habilidad para aplicar la ley sin equivocarse. El perfeccionamiento moral, que el conocimiento de la causa precisa de nuestros sufri-

---

(1) Véanse "Transactions of the London Lodge of the Theosophical Society", N. 5.



mientos se ha imaginado produciría, queda más que compensado con los innumerables incentivos al bien, que la gratitud y otros motivos similares proporcionan.

Lo que enseña la Teosofía, en general, puede ser brevemente resumido del modo siguiente:

1.º Que existe en el hombre un principio de conciencia que es inmortal.

2.º Que se manifiesta este principio en la tierra al través de sucesivas encarnaciones.

3.º Que las experiencias de las diferentes encarnaciones están estrictamente gobernadas por la ley de causación.

4.º Que como cada individuo es el resultado de una distinta y causal necesidad en la naturaleza, no es prudente que un hombre domine la vida y la acción de otro, importando muy poco cuál sea su desarrollo relativo. Por otra parte, es de la mayor importancia el que cada individuo trabaje incesantemente para realizar el ideal más elevado que es capaz de concebir. De otra manera, el dolor se originará á consecuencia de la oposición entre lo real y lo ideal. Sed tan perfectos como lo es nuestro Padre que está en los cielos.

5.º Que por las razones anteriores, es sabio y justo el practicar la tolerancia más absoluta respecto á todos nuestros semejantes.

6.º Que como la unidad de la naturaleza entera para siempre subsiste, todas las acciones concentradas y referidas á uno mismo están destinadas á terminar en sufrimiento para el que las lleva á efecto en razón de su oposición al principio de unidad. La base de la moral debe, por lo tanto, permanecer en el

sentimiento de una Fraternidad Universal entre todos los hombres.

7.º Que la armonía entre la unidad y el todo, es la única condición que puede anular todo sufrimiento, y como cada individuo representa una distinta y causal operación de la naturaleza, sólo puede obtenerse esta armonía mediante los propios esfuerzos de cada uno de los individuos.

Es la Sociedad Teosófica una organización que tiene por objeto el estudio de la verdad, apoyándose en la más anti-sectaria de las bases, y como resultado de este estudio, cree que las verdades mencionadas anteriormente, si son aceptadas en general, tienen que producir grandes beneficios en nuestros tiempos. Como quiera que sea, es necesario añadir que existen muchos miembros en la Sociedad que con ardor á la verdad buscan, que no están dispuestos á admitir estas doctrinas sin estudiarlas y pensarlas más; pero todos convienen en cuanto á los principios éticos en ellas comprendidos. El objeto principal de la Sociedad Teosófica es «formar un núcleo de Fraternidad Universal en la humanidad, sin distinción de raza, color ó creencias.» La base de fraternidad que la Sociedad Teosófica considera científica, ha sido ya dada á conocer. La fraternidad Teosófica no impone límite alguno á la libertad del desarrollo individual. No exige de sus miembros más que un deseo de reconocer la unidad de la familia humana como un hecho natural que no puede ser impunemente ignorado, y como un sentimiento vivo y consciente, que con toda seguridad tiene que conducir la mayor desenvolvimiento individual.

La Sociedad Teosófica está convencida de que los medios más eficaces para el estudio de la verdad son proporcionados por el estudio de las antiguas religiones y sistemas filosóficos del mundo, desde el momento en que están libres de las perturbadoras influencias por las cuales las formas contemporáneas están rodeadas. La Sociedad por lo tanto trabaja arduamente para promover el estudio apreciativo de la filosofía oriental, debida á generaciones de Teosofistas, como ofreciendo facil acceso á la Sabiduría—Religión del mundo.

Además procura la Sociedad combatir el materialismo por medio de la investigación de fenómenos anormales que ofrecen una demostración práctica de la existencia de una Psyche en el hombre y que conducen á una comprensión apropiada de las leyes que bajo estos fenómenos se ocultan. Los Teosofistas no creen en el super-naturalismo, y desechan la noción de milagros como envolviendo una irracional limitación de las posibilidades de la naturaleza. Las opiniones de los principales Teosofistas en lo que á éste asunto se refiere se encuentran admirablemente expuestas en *Isis Unveiled* de Madame Blavatsky, y en *Esoteric Buddhism* de Mr. Sinnet. Todos los Teosofistas, convengan por completo ó no con estas obras, están conformes en considerarlas como descubriendo al pensamiento horizontes inmensos acerca de cuestiones tan importantes como descuidadas.

Para concluir, debe claramente manifestarse que constituyen la Sociedad Teosófica una porcion de estudiantes é investigadores ardientes y no profesores dogmáticos. Pero como es natural, las conviccio-

nes de un gran número de miembros son comunes en algunos puntos. Sin embargo, en cada caso la autoridad final no procede de ningún origen externo sino del interior.

«*No existe religión más elevada que la verdad*»

es el lema que la sociedad Teosófica ha adoptado (1).

(*Mohini M. Chattergi*).

---

(1) The Path, Vol. I, núm. 8.

---

## IV

# FRATERNIDAD

---

El primero y principal objeto de nuestra Sociedad, como puede verse con referencia á sus «Reglas y Objetos» publicados, es la formación de un núcleo de Fraternidad Universal de la humanidad, sin tener para nada en cuenta ni el color ni la creencia ni la casta. El ideal de Fraternidad difiere en los distintos hombres, pero en cuanto á la Verdad, es un axioma el decir que sólo puede ser una, sólo puede existir en el mundo una idea correcta acerca de la misma, y cuanto más realizamos aquel ideal, tanto más nos aproximamos al más grande de los resultados. Considerada la Fraternidad bajo su aspecto práctico, admite tres divisiones, á saber: 1.<sup>a</sup> Autoritativa; 2.<sup>a</sup> Visionaria; y 3.<sup>a</sup> Científica. La primera de estas está enteramente basada en la autoridad. Los perseguidores de este ideal, gracias á su confinamiento constante dentro de las tristes sombras autoritarias, quedan privados de su vista. Cuando después, en el curso del tiempo, las barras de la prisión son quebrantadas, el cautivo, súbitamente libertado, difícilmente puede,

á causa de su larga privación de luz, abrir sus ojos ante el resplandor del sol de medio día, y temblando ante la idea de volver á la triste situación de la que se ha libertado, á ciegas, á la ventura, se agarra fuertemente á cualquier cosa sobre la cual puede poner las manos. Este proceso conduce en este país ó mejor dicho equivale á intentar el transplante de los robles que en Inglaterra desafían las tempestades, á los fértiles campos de arroz de la India, Pero, como se habrá previsto, sus tentativas no conducen á nada más que á trabajo perdido. Disgustados por un tal fracaso, recogen materiales de todas partes, y dan origen á una masa indigesta en la cual se encuentra todo y nada. Así es que los hombres, desde su plano autoritario al visionario en busca del ideal de la Fraternidad, hilan, sacándolo de sus cerebros que rebosan, lo que consideran como formas de fuerza y de belleza, las cuales, sin embargo, á manera de los gigantes de los cuentos de la infancia, se disuelven en un vapor sutil al ser sorprendidos por un rayo de sol. Los descontentos pertenecientes á la última clase mencionada, parecen predominar entre las personas ilustradas de este país. Parecen ellos olvidar que un ideal es una cosa muy sutil, muy aérea, y que sólo gracias á una larga familiarización con el mismo, puede ser dotada de vida y animación: El resultado que por estos medios es obtenido, es sencillamente un desengaño. Así es, por lo tanto, cómo se verá que el tan deseado resultado final únicamente puede ser alcanzado por medio de la persecución del científico ideal de Fraternidad. Todo lo que es bueno en cualquiera de los otros dos ideales encuentra su lugar en este, sin tropezar con los defectos que en cada uno de ellos exis-

ten. Veamos, pues, cuál es el ideal científico de la Fraternidad. Reflexionando un poco, se verá que la Fraternidad, tal como se la comprende vulgarmente, no es más que una especie de rodillo de vapor que aplasta toda vida é individualidad, reduciendo todas las cosas á una mortal monotonía. Si tal fuese la Fraternidad Universal, sería una universal maldición en lugar de una bendición universal. Existen algunos miembros entre los pertenecientes al plano más inferior de la naturaleza animada, cuya estructura corporal no presenta diversidad alguna, cualquiera que sea; en ellos, cabeza, cola, centro y extremidades sólo constituyen una masa informe. Sufren en consecuencia; poco importa que porciones de los mismos sean cortadas separándolas del todo, pues continúan viviendo á despecho de semejantes mutilaciones; todos los días se arrepienten llorando amargamente las naciones y sociedades de haber adoptado estos organismos no desarrollados como modelos. La historia de la Revolución Francesa nos proporciona un ejemplo acerca de lo mismo. La igualdad de los Revolucionarios pronto se convirtió en un monstruo devorador que cubrió á la Europa entera de sangre y fuego. La economía corpórea de los seres superiores es de un carácter por completo distinto. Cabeza, tronco, brazos, piernas, manos, piés, todos ellos tienen su carácter distintivo bien marcado, sin embargo de lo cual, están tan íntimamente relacionados que constituyen un todo armonioso—ninguno de los miembros puede sufrir ó gozar sin que sus hermanos gocen ó sufran. Aquel ideal de Fraternidad que corresponde á este schema de economía fisiológica, es á lo que me he aventurado á llamar ideal científico, y este

es el ideal que la Sociedad Teosófica ha tenido presente antes de empezar la empresa de pretender realizarlo. Fieles pertenecientes á todas las distintas religiones que en el mundo existen, pueden conservar sus peculiares creencias religiosas, y ser, sin embargo, incluidos en el fraternal abrazo de la Teosofía. En la Sociedad Teosófica existen representantes de casi todas las religiones y creencias, fraternizando pacíficamente unos con otros. Mucho bien causa el contemplar semejantes ejemplos de humanidad progresiva. Inspiran confianza por el presente, y bien fundadas esperanzas con respecto al porvenir. A cualquier punto que dirijamos nuestros ojos nos encontramos con bien tristes perspectivas; vemos á hombres unidos en nombre de la Fraternidad para matar á sus hermanos; tribus aliadas en el mismo santo nombre para la opresión de otras tribus, y naciones para esclavizar naciones; pero la Sociedad Teosófica ha aparecido entre nosotros á manera del precursor de aquellos días en que todas las fraternidades limitadas se extenderán y tocarán más con las otras, formando la gran Fraternidad de la Humanidad, la cual con todos sus miembros, representantes de las diversas tribus y naciones, ceñirá sus lomos á manera del hombre que combate contra el enemigo común, las legiones de la sensualidad, de la brutalidad y del materialismo. Así como sólo existe un Dios en el universo, del mismo modo sólo una Fraternidad existirá sobre la tierra.

Cada religión pretende tener el mismo objeto. El Cristianismo os invita con los brazos abiertos á ser un «hermano», uniéndose á la iglesia, pero á menos de uniros á ella, no podeis serlo. El Korán enseña la



fraternidad universal, y el Mahometano ha querido con frecuencia hacer de vosotros sus hermanos por medio de la espada y el fuego; porque á menos de que os convirtáis en un secuaz del Profeta no sois más que un perro infiel. Cada una de las sectas y religiones, limita más ó menos esta idea de Fraternidad á los mezquinos límites de su creencia particular. También los Revolucionarios Franceses abogaban en pró de una fraternidad universal. Decían: «Venid, sed nuestros hermanos, pensad y obrad como nosotros, ó si no os cortaremos la cabeza.» Lo mismo puede decirse acerca de la fraternidad de todas las sociedades privadas de origen moderno, tales como Comunistas, Fenianos, etc., etc. La fraternidad universal que ha resultado de nuestra civilización moderna, está á la vista en los ejércitos en pie de guerra existentes en Europa, en donde mujeres y niños, lisiados é inválidos, tienen que trabajar y morir de hambre para sostener á hombres robustos sin empleo especial, que les protejan contra una visita de sus hermanos de más allá de sus fronteras.

El Teosofista hace esta universal Fraternidad incondicional. Parte del principio de que todos los hombres, y hasta todos los animales y demás cosas, proceden de una fuente universal, y que por lo tanto, todos pertenecemos á una misma familia, debiendo cada uno respetar los derechos de los demás. Le importa muy poco si sois Indio, Cristiano, Judío, Mahometano ó Parsi, ó si después de todo no creéis en nada, puesto que si obráis con arreglo al principio de Fraternidad Universal, podéis estar seguros de que obráis bien, y de que recibiréis vuestra recompensa.

La Teosofía inculca el principio de una Fraternidad Universal entre los hombres, como formando parte de la Vida Universal; y si sus preceptos son estricta y sinceramente puestos en práctica, los lazos de simpatía entre las diferentes razas serán atados más íntima é inseparablemente, y los sentimientos del hombre hacia el hombre serán lo que deben ser, sin tener en cuenta ni el color, ni la creencia, ni la casta, pero sabiendo y creyendo que todos ellos son igualmente criaturas de Dios, á cuya imagen el hombre ha sido formado. Cada uno de los hombres, así como cada uno de los otros seres, forman una parte integral de aquella Vida Universal que penetra y anima á la Creación entera; y procurando injuriarnos unos á otros, no hacemos más que proceder violentamente *contra aquella vida, que es la vida del mundo*. Apenas si es necesario el decir que *ninguna distinción de raza es posible hacer en el mundo futuro*; y en el terreno de la práctica ninguna de semejantes distinciones se observan en la Fraternidad de los Himalayas, que está compuesta de toda clase de razas y castas. Thibetanos, Tártaros, Mongoles, Chinos, Japoneses, Siameses, Birmanos, Cingaleses, Copitos, Griegos, Húngaros, Ingleses, Bengalís, Sikimeses, Madrases, Sikhs, Rajputs, etc., etc., trabajando en común y ardientemente, en pró del bienestar general de la humanidad. Es seguro que la diferencia entre el Europeo y el Asiático será tenida bien poco en cuenta, desde el momento en que se considere á todas las razas de la humanidad como derivadas de la misma fuente original, y á todas las religiones del mundo como procedentes del mismo origen: si podemos dar crédito á las modernas investigaciones, la

humana raza, al abandonar su cuna en el Asia Central, pasó á Egipto y de allí á Europa. Los Indios representan la rama más antigua del gran tronco Asiático; y los Europeos deberían considerarlos como á hermanos de diferente color, pero conservando muchas de las antiguas costumbres y hábitos que fueron en un tiempo comunes á todos. Quince siglos hace que se levantó en Alejandría una escuela de filosofía, fundada por un verdadero Teosofista. Tan bondadoso era su espíritu, tan sabias sus enseñanzas, que Ammonius Saccas era llamado Theodidaktos, ó enseñado por Dios. Dicen que nació de padres Cristianos, pero sus principios eran más anchos que los de cualquier secta, y el mundo entero lo ha reclamado para sí. Intentó una coalición de todas las sectas, ya filosóficas ó religiosas, puesto que creía en la unidad de la verdad á despecho de la diversidad de sus manifestaciones. Sostenía que creencias tan antagonistas exteriormente como el Paganismo y el Cristianismo, eran, sin embargo, fundamentalmente idénticas, y al mismo tiempo que quería suprimir las Fábulas de los sacerdotes del Paganismo, procuraba poner á un lado también, como inexactos, los comentarios é interpretaciones erróneas de la doctrina de Cristo, debidos á los Padres de la Iglesia. Él hubiera querido conducirnos á las fuentes originales, descubrir la verdad primitiva, restaurar todos los sistemas religiosos á su pureza original, y para coronar el conjunto y hacer posible este gran schema de investigación Teosófica, enseñaba la Fraternidad de los hombres. En su época, lo mismo que en la presente, existían almas grandes que podían responder á este mensaje de amor, de tolerancia y de mútuo auxilio. Entonces, como

ahora, en medio del torbellino del mundo y del sueño intoxicador de los placeres egoistas, existía una minoría de nobles corazones que podían sentirse conmovidos ante las humanas tristezas, una minoría de nobles inteligencias que podían comprender la divina verdad de la doctrina de Ammonio. Athenágoras, Longino, Plotino, Orígenes, Porfirio, Jámblico, Soperter, Juliano, Proclo y muchos otros, tanto Paganos como Cristianos, adoptaron esta doctrina y la enseñaron. Su influencia penetró profundamente en la constitución del Cristianismo naciente, y á despecho de los sangrientos progresos de la iglesia y de sus sobrevivientes ódios de sectas, su dulce influencia todavía se deja sentir sobre nosotros después de un transcurso de mil quinientos años, á manera del débil perfume de una flor que ayer en nuestro jardín florecía y que hoy ha muerto en nuestra casa. ¿Están los tiempos lo suficientemente maduros para una resurrección de esta santa doctrina? Mirad en torno vuestro y contestad. Ved á la India rebotando de multitudes en las cuales no existen ni el deseo ni la capacidad para la unión. Ved á la cristiandad en masa armada hasta los dientes, unos contra otros, marchando, invadiendo, matando, conquistando y dando el mentís más completo á las más sagradas enseñanzas de su religion. Mirad á los hombres cómo convirtiendo en sofismas las santas palabras que en su niñez aprendieron, eclipsan el rayo brillante de su razón y santifican la espada que va á derramar la sangre inocente de sus hermanos.

---



## FE Y SABER

---

El enemigo más fatal para el alma es la duda: El que duda de sus propias fuerzas, se inutiliza á sí mismo. Aquel que se sobrepone á sus dudas, se eleva á un plano superior. Aquel que cree, y tiene confianza plena en sí mismo, es más fuerte que el que duda de sus propias fuerzas. Además, cuanta más confianza tiene un hombre en los otros, mayor es la amistad, y mayor número de amigos tiene. La amistad es la medida de la influencia, y por consiguiente, de poder. (Con objeto de abreviar, hablaré únicamente en este capítulo, de la creencia, del saber y de la fe). El saber procede de la creencia; y la consecuencia del saber es la fe, ó mejor dicho, aquello que aproxima la fe y la hace posible, ó sea: La Intuición. La fe perfecta procede del conocimiento perfecto; pero desde el momento en que somos seres imperfectos, y que, por consiguiente, no poseemos conocimiento perfecto ninguno—no sólo el que de nosotros mismos procede, siéndolo menos todavía el de los otros — ¿cómo podemos ni siquiera aproximarnos á una definición

de la fe? ¡y mucho menos en lo referente al conocimiento de los poderes que puede conferir á su poseedor! ¿Por qué tenemos que despreciar las palabras de Jesús, cuando ni siquiera sabemos lo que quería significar por fe?

Ciertamente que la consideraba de un valor inmenso, cuando decía: «Si vuestra fe fuese sólo como un grano de mostaza, dirías á las montañas, quitáos de aquí y arrojaros al mar, y así sucedería.» Es evidente que la unía á la voluntad, puesto que lo anterior debía hacerse mandándolo, y no se hace referencia alguna á plegaria ó súplica de ningún género. ¿Qué gran pensador ha existido jamás que haya ensalzado la Duda, ó enseñado que en alguna ocasión ha sido causa de grandes beneficios para su poseedor? ¡Ninguno! Es sencillamente un poder destructor—una negación; nada construye; todo cuanto toca destruye.

El deseo de conocer la verdad es recomendable. El respeto hacia los demás conduce al cambio de ideas y á la investigación. Esto es bueno. Jamás dudéis de una proposición hasta que estéis seguros de comprenderla por completo. Jamás dudéis de la verdad de otra, hasta que su falsedad sea un hecho demostrado. Comprended las cosas, antes de desearlas. Sed hospitalarios para con el caminante; porque si bien en muchas ocasiones os llevaréis un chasco, podréis quizás algunas veces dar hospitalidad á un angel. Algunos pensamientos son ángeles enviados.

Es el saber el objetivo final de la acción mental, y en su estado más elevado se encuentra en el mundo del espíritu, en un grado de intensidad suficiente para quedar impregnado de un deseo por algo más grande; teniendo una idea mucho más elevada acerca

de la humana naturaleza y de sus posibilidades, no meramente con la idea de «conocer el bien y el mal», sino con la resolución de hacer el bien, y de poseer la facultad de hacerlo bajo todas las circunstancias. Entonces puede decirse verdaderamente que está uno en el camino del poder. Así lo reconozco yo. Analizad, examinad, estudiad todos los hechos y fenómenos de esta existencia; pesad las estrellas y soles del espacio, y seguid sus trazas en sus viajes eternos; disecad la forma humana, y observad las circunvoluciones del cerebro, y si por fin, no creéis en manera alguna en la divinidad del poder creador, si no creéis en el espíritu que ha escapado á vuestro telescopio, á vuestro escalpelo, y á vuestras balanzas, no me digáis que vuestros conocimientos os colocan en el camino que al poder conduce, puesto que el poder verdadero es reposo, tranquilidad, confianza y armonía. Aquello que no produce satisfacción ni reposo ninguno, es destructor. Así es que el saber puede, acumulándose en el alma, ó bien engrandecerla, ó contraerla y debilitarla. Si el saber convierte á un hombre en egoísta y orgulloso, le causa perjuicios; pero aquel saber que es causa de que conozca lo pequeño é insignificante que uno es, y lo poco que sabe, y de cuán poca utilidad son realmente para él todos aquellos conocimientos, le pone en un estado negativo y receptivo con respecto al mundo de inteligencias que le rodean. Entonces es cuando estas se aproximan y hablan á su alma, y entonces es cuando concibe una idea de «Brahm», «Allah», «Jehovah», «Jove», ó DIOS.

El conocimiento de hechos es bueno porque da amplitud á la inteligencia, y cuando ésta ha adquirido

una suficiente extensión, conduce á pensamientos profundos, á la meditación y á la abstracción; y esta es la que abre las puertas del alma: Imaginación.

Los imaginativos son los crédulos. El poder no procede de una cosa sola, sino de todas—del Infinito. El saber es necesario para la debilidad y para la infancia; pero para los dioses no existe saber ninguno—la fe únicamente es lo que para ellos existe. La fe comprende todas las cosas de natutaleza inferior, no de otra manera la eterna é inmensa bóveda celeste todo lo contiene bajo de sí. La fe está más allá de todo conocimiento; ¿quién puede, pues, explicarla ó quién puede comprenderla? Es con respecto al alma, lo que el saber es para la mente. Y así como únicamente podemos aproximarnos al saber mentalmente, del mismo modo sólo intuitivamente podemos acercarnos á la fe. Nuestra fe es siempre proporcionada á nuestros conocimientos; la fe que tenemos en nuestras esposas, hijos y amigos, depende de lo poco ó de lo mucho que les conocemos. El saber no depende de nada más que de la verdad. No es satisfactorio el conocer meramente que una cosa es falsa. Debemos conocer la verdad con objeto de quedar satisfechos y de purificarnos por completo. A medida que os vayáis conociendo, irá aumentando la fe en vosotros mismos. A medida que vayáis conociendo á Dios, aumentará vuestra fe en Él mismo. Todo cuanto puede la inteligencia abarcar respecto de cualquier cosa, es lo que parece ser, y esta apariencia es la revelación de algo oculto. Puede venir en sueños ó en visiones, ó durante la meditación ó la contemplación, ó leyendo libros, ó en la conversación; ó el escuchar sermones ó discursos



puede provocar las condiciones necesarias para inducir revelaciones, pero de cualquier manera que tenga lugar la inducción, ésta es subjetiva; es una unión con aquello acerca de lo cual se piensa—una unidad de espíritu y de sér—vosotros tenéis fe en vosotros mismos, porque sois unos con vosotros mismos, tenéis vosotros fe en vuestras esposas, en proporción exacta al grado de unión en que con ellas estéis. La fe en cosas inestables, y por consiguiente falsas, es destructora, puesto que os abandonan y dejan en vosotros un vacío. Es la fe un poder que viene al hombre á manera de una revelación, durante la expansión del alma, cuando la mente está, por decirlo así, aprisionada, separada, ó mejor dicho, suspensa en su acción. Entonces desaparecen las cosas sublunares, y la gloria inefable aparece, y penetrando en el hombre, es una y la misma con un poder concedido al alma, poder jamás soñado por los hombres mortales. La fe refresca, sostiene y fortifica la voluntad; combina á todos los espíritus en uno. Los poderes de disolución y de creación pertenecen á la fe. No necesita para ello de esfuerzo alguno. Es la suspensión de todas las leyes mundanas. El saber sólo merece tenerse en cuenta como un auxilio para entrar en el reino del espíritu. Entonces es dejado á un lado; no de otra manera después de haber un hombre escalado un muro, y no teniendo que volver á pasar por allí, echa al suelo la escalera. ¿Creéis que esta fe y este poder pueden llegar á ser poseídos por nosotros? Sí; y para ello tenemos que elevarnos por medio de una regeneración en el espíritu y gracias á un nacimiento del espíritu. Es otro modo de existencia en el cual sólo por medio del nacimiento puede en-

trarse. Procuramos salvarnos de la debilidad, de la enfermedad y de la muerte, pero todas estas miserias hijas del infierno aumentan sin cesar; trabajamos lo mejor que podemos para preparar el camino, pero en nuestra ignorancia cometemos errores y faltas y caemos continuamente. La fe es un don del espíritu que responde á nuestras aspiraciones é intenciones. En la fe no tienen lugar ni equivocaciones ni faltas ningunas. No es posible perder la fe, una vez que se ha alcanzado. ¿Cómo es posible para un niño, después de haber nacido, el convertirse en lo que era antes de nacer? La fe es universal. No existe nada que se asemeje á una fe particular. Nada existe á que se pueda dar el nombre de «la fe;» por consiguiente, la fe no puede perderse, como tampoco puede perderse Dios. Háblese todo cuanto se quiera acerca de «caer de la gracia,» y de «pérdida de fe.» ¡Palabras sin sentido común! Aquellos de quienes esto se dice, jamás han tenido nada que perder. Sin embargo, una caída ha tenido lugar, la de las pretensiones á la posesión. El presumido, siempre cae.

Existe la costumbre de hablar acerca de la fe, como de algo parecido á creencia - como algo á manera de ceguera—como inferior al conocimiento. Pero esto demuestra nuestra ignorancia. La fe es á la mente Divina lo que el saber es á la natural. Por medio del saber, cosas de utilidad son producidas y multiplicadas sobre la tierra. Por medio de la fe, se desenvuelve la materia gracias al espíritu, la cual desde un estado caótico é informe, asume las formas que la voluntad determina. No de otra manera con panes y peces alimentó Jesús á la multitud hambrienta. Unos pocos peces y unos cuantos panes fueron suficientes para

proporcionarle un núcleo de atracción; y en obediencia á su voluntad la materia asumió la forma deseada. En vista de este principio de evolución él dice: «Si vuestra fe fuese del tamaño de un grano de mostaza, diríais á esta montaña muévete,» etc., «y esto tendría lugar.» «Primero buscad el reino de Dios, y después todas las demás cosas os serán concedidas.» El reino «está dentro de vosotros;» á «mano lo tenéis;» es «á manera de una perla de gran precio,» ó como «una porción de levadura que una mujer ha introducido en tres medidas de harina.» La harina simboliza el cuerpo, la mente y el espíritu. La sabiduría de las cosas es observada en su mecanismo; en su orden y armoniosa combinación y ajuste de partes, y en la facilidad y perfección del movimiento sin choques ni fricciones. Lo mismo sucede en el hombre mental y espiritual que en el hombre físico. Los choques y fricciones de esta vida, es lo que desgasta á la máquina llamada hombre. Todos y cada uno de los átomos del cuerpo están en movimiento y cuando están bien equilibrados y lubricados la salud impera. En esto consiste la armonía. Pero cuando no existe un equilibrio apropiado de todo lo que es esencial, tiene lugar una discordante fricción de partes, y una pérdida de poder, de movimiento, de salud y de vigor. El alma proporciona el lubricador, ó sea el magnetismo. Y yo me permito llamar vuestra atención hacia el hecho de que la gran balanza—la rueda—el regulador, el Amor está descentrado de un modo tristemente deplorable.

El reino de los cielos es armonía, poder, eterna juventud, vida, inocencia y paz. El principal elemento de aquel reino es la Sabiduría nacida del amor y

de la voluntad. Si falta el amor, ó es de un orden inferior y vulgar, la sabiduría nacida del mismo será inharmónica, y dará origen al dolor y á la tristeza. Por medio de la sabiduría apoyada en la fe, todas las cosas se llevan á efecto. Pero si la sabiduría es inharmónica, y la fe mezquina, ó no existe, ¿que es lo que podéis esperar como emanación del espíritu, ó qué cualidad de vida brotará á la luz?

Ten presente siempre, benévolo lector, que cuando hablo de Dios, me refiero á *tu poder de voluntad y amor*. Que cuando hablo de sabiduría, á *la armonía en tí mismo* me refiero. Armonía significa unidad, ausencia absoluta de conflicto alguno; carencia de elementos oponentes; y que no exista guerra alguna entre el espíritu y la carne. «El cordero y el león reposan juntos.» Recuerda que la salud es siempre debida á la pequeña armonía que en nosotros reina. Cuanto mayor es la armonía, mayor es la sabiduría. Cuanto mayor es la sabiduría en la misma proporción aumentan la vida, la paz, el reposo y el placer. La discordia nos consume. La mayor parte de nosotros vivimos escasamente medio siglo, y un tan corto tiempo es suficiente para disgustar de la vida á la mayor parte. Somos apenas capaces para engendrar el magnetismo suficiente para mantener en orden á esta máquina humana, todo lo más durante unos cincuenta años. Ahora bien, si el puro é inocente amor, y la enérgica voluntad propios de Dios, dominasen en nosotros, la sabiduría ó armonía de la máquina serían mucho más perfectas, y la vida desenvuelta, ó el espíritu puesto en movimiento, poseerían un poder tal que las montañas serían disueltas: ó panes, peces, flores, vestidos, ó formas humanas evocadas á volun-

tad, y la máquina dotada de un tal poder estaría en movimiento eternamente sin que ni el tiempo ni fricción alguna fuesen obstáculos para ello. «Más grandes cosas que estas haréis vosotros, porque yo me voy al Padre.» (Espíritu.) La obscura y horrible tierra—las flamígeras constelaciones de los cielos con sus huestes innumerables, todas por la voluntad de Dios existen, y sostenidas están por su amor y sabiduría. *En las cosas que de El han emanado permanece conteniéndolas, pero sin ser contenido por ellas.*

Las enormes montañas que las nuves atraviesan, con la pureza eterna que las corona, nos hablan en sus avalanchas de fuego, en sus rugidos, en sus convulsiones de la naturaleza, de Aquel que en su seno se oculta. Son tumbas de piedra de flamígera forma que en espiral inmensa señalan el lugar de reposo del Infinito. Manifiestan su poder, su emanación infinita, y el aroma de su presencia llena el espacio é impregna á las cosas y á los hombres con Su conciencia que á El mismo vuelve, la cual una vez llegada al punto de su partida, asumirá todas las cosas á manera de materia consumida por el fuego. Las formas que cambian—la mutabilidad es debida al fuego que disuelve, cambia y combina la materia.

Lo voluntad obra con respecto al fuego, como si lo bautizase con agua, y de este modo con sabiduría preserva formas y perpetúa la vida. La voluntad le contiene y refrena, y regulando su calor es causa de que no nos consuma. Esta es la esotérica significación del bautismo con agua. Si por medio del ejercicio, puede la voluntad refrenar el fuego, puede

también desencadenar los rayos y vomitar llamas, las cuales, aunque invisibles, no dejarán de sentirse, y encontrando cosas en su camino, pasan al través de las mismas, las disuelven, y hacen que sin el menor ruido desaparezcan ordenada y silenciosamente.

Lo que mantiene oculto al Infinito, es lo poco en armonía que el hombre vive con la Naturaleza. No podemos nosotros volver á la Naturaleza, pero sí elevarnos á lo que se llama *lo sobrenatural* conservando nuestra existencia. El dolor que nosotros sufrimos es debido á la deficiencia del fuego. ¡Cuán facil es para la voluntad enérgica el lanzar una llama sobre la negra puerta de aquel, y como por magia hacerla que obre! Estamos llenos de tinieblas y de tristeza á causa de estar vacíos. ¡Cuán facil sería el encontrarnos llenos con sólo ser sabios!

El atraer el fuego y el conservarlo por medio del bautismo es el *summum*, que es en verdad la vida, el placer; ¡más aún! el Estasis infinito, á cuyo lado todos los demás son sueños. En la pureza el poder entero reside. El fuego á todas las cosas purifica. Las reduce, las refina y las ilumina. El fuego procede del amor. Pero vosotros no sabéis lo que es el amor, creéis que lleva consigo algo referente al sexo; y así es, porque el sexo es un símbolo del mismo. El éxtasis de un alma virgen cuando por primera vez es bautizada por el contacto del espíritu, la armonía que la inunda es una pobre expresión del amor en su abstruso sentido. Pero es la mejor de que dispongo. El amor no es el alma; pero es la más elevada y extática emoción que el alma puede sentir. Pone en movimiento al entero *sensorium* del alma, y gracias

á sus vibraciones desenvuelve un fuego espiritual que á manera de un volcán arde en los nervios. Así como un volcán vomita lavas y escorias incandescentes, no de otra manera el fuego educado por la voluntad (bautismo) descompone todas las escorias é impurezas, que elimina del sistema, no dejando más que el metal puro. Cuidado con el fuego si eres impuro; ni un vestigio de tí dejará, alma, mente, cuerpo, serán consumidos. El amor edifica ó destruye. La decadencia lenta y pausada, es tan cierta como la rápida combustión. Del crisol de la Divinidad no salen más que seres inmortales.

---

---

## VI

### EL INICIADO

---

Nos proponemos en este artículo dar á nuestros lectores algunas noticias acerca de un movimiento que tiene ya derecho á que se le considere como importante; y que no puede menos de interesar á todas las inteligencias investigadoras y activas desde el momento en que vean que está relacionado con todas aquellas cuestiones que desde los tiempos más remotos han atraído, fascinado y burlado á tantas inteligencias ardientes. Al través de todas las literaturas circula una corriente compuesta de indicios y vislumbres que indica la existencia de una serie de conocimientos mucho más profundos y preciosos que los que la humanidad en general posee. Disfrazada por la ignorancia y por la superstición, torcida y desviada por los medios al través de los cuales ha pasado, reducida en la actualidad á un hilo tan tenue que casi desafía su encuentro, promete en cambio ahora ensancharse hasta convertirse en un noble río; por lo menos esta corriente ha bastado para mantener vivo un cierto interés en lo que á su origen se refiere, y á



lo largo de sus orillas ha fertilizado pequeños espacios de terreno. La densa masa de fantástica superstición que la Edad Media interpone entre nuestros propios tiempos y los antiguos orígenes del ocultismo, ha sido lo que se ha opuesto á la requerida investigación para aclarar el asunto. No todos los alquimistas eran soñadores, (1) como sabe todo el que estudia. Entre ellos se han contado muchos hombres cuyas investigaciones eran llevadas á cabo con medios puramente científicos, y que ni buscaban el elixir de inmortal vida ni la piedra filosofal. Pero la superstición de aquellos tiempos compaginaba todo cuanto era desconocido, considerándolo como milagroso, y cualquiera que se aventurase á salir del término medio común, sabía que tenía que contar con la acusación de hechicería. Esta es la causa de que Rogerio Bación, un verdadero investigador científico, se viese obligado á defenderse por sí mismo contra semejantes cargos y á exclamar: «*A causa de estar estas cosas fuera del alcance de vuestra comprensión, las llamáis obras del diablo; vosotros, canonistas y teólogos, las aborrecéis como productos de la magia, considerándolas como indignas de un cristiano.*» Y el mismo filósofo dijo en su lecho de muerte, con motivo de las persecuciones de que había sido objeto: «Arrepiéntome ahora de haberme sacrificado tanto por amor á

---

(1) El gran químico francés, Mr. Berthelot, al presentar á la Academia, en la sesión del 4 de Marzo de 1889, su obra titulada: *Introducción al estudio de la Química de los antiguos y de la Edad Media*, termina diciendo: «En resumen, la presente *Introducción* es la continuación de mis *Orígenes de la Alquimia* que completa..... y con la cual forma un conjunto propio para establecer el verdadero caracter de las doctrinas filosóficas, de los métodos y de las prácticas de la antigua Alquimia, considerada hasta ahora como absurda é imaginaria, y que entrará en lo sucesivo á formar parte de la historia de las ciencias positivas.—(Nota del traductor.)

la ciencia.» La superstición que así á Bacón aplastó, influyó en todos los investigadores durante aquellos tiempos. El saber Neo-Platónico, egipcio y árabe, había á la verdad dado origen á una muy extraña mixtura en las inteligencias europeas, y al través de esta caótica masa, de esta mezcla de hechos, de ficciones y de metafísica transcendental, la luz de una más simple pero más profunda era, ha lanzado sus rayos, débiles y escasamente perceptibles. El movimiento Baconiano ha desacreditado á todo cuanto anteriormente al mismo se había hecho, ha llenado de preocupaciones á los siglos XVIII y XIX, no solamente contra la filosofía de la Edad Media, sino que también en contra de todas aquellas antiguas escuelas, de las cuales la Edad Media había derivado la base de sus ideas.

Es, sin embargo, un hecho que impresiona más y más al erudito que procura no lanzar su inteligencia por caminos tortuosos, el que la literatura, la filosofía y la ciencia del mundo, deben al Asia los gérmenes de todo cuanto de valor contienen; y debemos todavía preguntar al Asia la explicación de lo mucho que en la obscuridad permanece. Poniendo por completo á un lado y dejando de tener en consideración las ficciones del siglo XVII, las historias de los Rosacruces, y las audaces pretensiones de Cagliostro y de St. Germain, queda como cierto que ha existido un recuerdo tan sólido como indeleble de la existencia en Asia de un pequeño grupo de hombres dedicados al estudio de la ciencia oculta, y á los cuales se considera como habiendo obtenido resultados sorprendentes. La evidencia para la existencia de hombres semejantes, y en lo que á la realidad de sus poderes

se refiere, debe buscarse en las narraciones y afirmaciones casuales existentes en muchas obras de viajes por Oriente. Y cualquiera que emprenda esta línea de investigación, encontrará que realmente exista una masa tal de testimonios, tan bien atestiguados como cualquier cosa que á la historia ordinaria pertenezca, que afirmen la existencia en aquellas regiones de hombres, que viviendo como reclusos y ascéticos, poseen poderes que á causa de la ignorancia del resto del mundo son considerados como sobrenaturales. Debe tenerse presente que el Oriente posee bajo muchos aspectos un pasado ininterrumpido. No ha sufrido los cambios y cataclismos que durante los últimos mil años han alterado de tal manera la faz de Europa. Cuando se levantó el Imperio Romano y lanzó su resplandor sobre la tierra, el Asia sólo se negó á ser metamorfoseada. Y su pasividad y espíritu contemplativo han favorecido el desarrollo y extensión de los conocimientos á los que nos hemos referido.

Hará unos cuatro años, uno que ha pasado muchos estudiando la ciencia oculta, pero que todavía no ha llegado á las regiones superiores de aquellos conocimientos, trabó relaciones con algunos investigadores Europeos y Americanos que se habían convencido de que debajo de toda la masa sofocante de la superstición é ignorancia popular de la Edad Media existía una sólida fundación de hechos, lo mismo que tras las obras de Simón Mago, Apolonio de Tyana, Alberto Magno y Raimundo Lulio, y de las de una pequeña hueste de entusiastas que se han dejado guiar por las narraciones Arábicas, que creían que en las vertientes de los Himalayas, en las Lamase-

rias del Tibet, en los Templos de Brahm, y en las selvas del Indostán tiene que buscarse y encontrarse una ciencia que sobrepuja á todo lo más magnífico que Europa puede presentar, la cual posee conocimientos á cuyo lado son triviales los más importantes descubrimientos modernos: ciencia que ha enseñado á conquistar al Tiempo y al Espacio, y á resolver la impenetrabilidad de la materia, á zanjar la tan debatida cuestión de las dimensiones, á obtener una solución para el problema acerca de la naturaleza de la Luz, la cual destruye la Teoría Ondulatoria, y á adquirir durante la prosecución de estos fenómenos físicos, una evidencia indudable de la persistencia del alma humana después de la muerte del cuerpo. Y el deseo de arrancar este último secreto á la Naturaleza es una imperativa necesidad para la humana mente. *El misterio del Universo no es el de su propia creación; es la cuestión del origen y destino del Hombre.*

Este es el estado de confusión mental al que el Agnosticismo está llevando á los modernos é independientes pensadores, é indudablemente se debió en parte á la natural repulsión que una semejante creencia causa, el que los investigadores de quienes hemos hablado se decidiesen á iniciar un movimiento y á organizarlo para la más conveniente diseminación de las verdades ocultas que sin inconveniente podían darse al mundo, y para abrir á la investigación Occidental los vastos depósitos de la sabiduría del Oriente, con lo cual esperaban que la crudeza y presunción de la Ciencia Moderna recibirían un correctivo, ó que, por lo menos, se mantendría en sus justos límites. Y así fué cómo se fundó en New-York

la Sociedad Teosófica, publicándose poco después la asombrosa obra *Isis Unveiled*, por H. P. Blavatsky, Secretario Correspondiente de la misma.

Platón escribía sobre la puerta de su academia: «No entre nadie aquí si no está bien versado en las matemáticas»; Pythagoras exigía además el estudio de la Música. Así es cómo estos dos grandes Maestros procuraban enseñar que sobre todo debemos poseer los sentimientos de precisión y armonía.

Exactas é inflexibles matemáticas presiden en verdad sobre las leyes de la naturaleza. Sujetas á las inteligentes evoluciones del cálculo, demuestran la existencia de un calculador que es superior al hombre, puesto que el hombre con sus más exaltadas facultades puede únicamente obtener una percepción intuitiva y demostrar únicamente para su propia satisfacción más y más la sublimidad y lo infinito de la divina inteligencia.

Debemos conocer que la armonía en la naturaleza reina á despecho de la discordancia que en apariencia existe, y de esto nos hacemos cargo al contemplar la elevada inteligencia que en la música preside, la cual sabe cómo armonizar sonidos de todo punto discordantes y cómo transformarlos en las más perfectas y armoniosas modulaciones.

Debemos conocer que no existen en la naturaleza discordancias de ningún género, y que la mutua destrucción de seres imperfectos representa únicamente el trabajo creador de la perfección progresiva, que no es más que la *Ley Universal de la Existencia*.

Debemos conocer qué proporciones exactas existen entre los seres, y que, por lo tanto, ningún hombre andará sobre sus manos con objeto de asombrar á

una hormiga; que nada de un caracter similar puede suponerse tiene lugar entre el hombre y un sér tan superior al mismo, como el hombre mismo lo es á la hormiga, y fundándonos todavía en razones más serias: *que el universal principio del sér jamás ha variado y jamás variará las leyes de la naturaleza, con el objeto de confundir la razón del hombre y obtener sus homenajes.*

Debemos conocer que las universales y regulares leyes de la naturaleza dan lugar algunas veces á manifestaciones excepcionales, las cuales son debidas á una concurrencia de ciertas causas que raras veces tiene lugar, y cuyo resultado son hechos ó fenómenos singulares, *que por el ignorante son equivocadamente considerados como milagros ó maravillas.*

Debemos conocer que la materia es únicamente un fenómeno, y que sólo la razón matemática es una realidad.

Debemos conocer que la materia es inerte, y que únicamente la inteligencia es acción: que la fuerza es la palanca de la inteligencia, que la vida es el trabajo de la razón universal; que fuera de la demostración matemática, los fenómenos permanecerán siempre dudosos; que si coleccionamos fenomenos, sólo recogeremos los materiales necesarios para el estudio de las leyes que los rigen. Debemos conocer que la razón no es un sentimiento, que el sentimiento no es razón; pero que una razón que nosotros sentimos y un sentimiento que está en armonía con la razón, nos puede conducir al convencimiento y á la certidumbre combinando las dos fuerzas vivientes del alma.

Debemos conocer que el alma es el hombre pro-

piamente dicho, cuyo cuerpo es sólo la apariencia fenomenal; que la ciencia del alma es la libertad; que sus atributos son inteligencia y amor, y que su inmortalidad es una causa suficiente para durable y perfectible acción. Debemos conocer que las matemáticas puras son el exámen de la razón y la lógica manifestación del principio divino; que el supranaturalismo es sólo una hipotética ficción de operaciones extranaturales de este principio, *y que la Metafísica es únicamente un sueño, si no constituye el Cálculo Diferencial é Integral de los poderes matemáticos del pensamiento.*

Debemos conocer que la emancipación moral no se lleva á cabo por medio de la violencia; *que aquel que pide no merece;* que el silencio impuesto á la verdad por violencia lleva consigo la responsabilidad de la mentira, y que es con frecuencia útil y hasta necesario el engañar á las gentes poco razonables; pero que nadie obtiene un feliz resultado valiéndose de malos medios.

Dios y la naturaleza quieren que los animales estén sometidos al hombre. Puede el tigre sorprender á un cazador desarmado ó imprudente, puede romper su cadena y destrozar al que le guarda, pero un tal accidente, no es jamás una victoria. El populacho se rebela, pero no logra su libertad. Toman las armas en nombre de la justicia y sus primeros actos son crímenes. *El fuego de las pasiones desencadenadas da lugar á la ferocidad, jamás al heroísmo.*

Nunca podrán usurpar los piés las funciones de la cabeza, y las funciones del cuerpo social son análogas á las del cuerpo humano. La más íntima unión de todos los miembros debe ser establecida. Cuando

uno sufre, todos los demás deben acudir en su auxilio, y en esto consiste su igualdad de naturaleza, regulada por una jerarquía inviolable. Los piés deben andar, las manos trabajar y la cabeza gobernar y conservar la salud del cuerpo. El hombre bien equilibrado representa una monarquía viviente. El universo es la monarquía del sol. Jamás han florecido las grandes monarquías más que bajo grandes monarcas. Las repúblicas terminarán siempre gracias á los conflictos de todos aquellos que pretenden gobernar en virtud de la audacia del mayor malvado. Son de hecho monarquías en fusión. Ellas vienen á ser el hirviente metal que espera el molde para salir convertido en un coloso de monárquico orgullo; un molde labrado á sablazos.

¿Qué es el populacho? ¿Lo constituyen únicamente las clases pobres? ¡No! Nada tienen que ver en esta cuestión la pobreza ó la riqueza. Muchos grandes hombres han sido pobres. Jesús no tenía ni una piedra en donde reclinar su cabeza, y sus más fervientes discípulos, aquellos que han cambiado la faz de la tierra, han profesado la pobreza. El populacho no es más que el campo fértil en el que brotan el ignorante, el indolente y el que voluntariamente quiere ser ciego. Estos son los hombres sujetos á sus pasiones; estos son los leprosos del vicio, los paralíticos de la inteligencia, los faltos de razón, los que no desean que se conteste á las preguntas, los que no desean ser guiados; en resumen, son animales turbulentos, á los cuales la sociedad debe encadenar ó destruir, si no desea perecer á sus manos.

Los hombres sin libertad moral son los más peligrosos de todos los animales, y debemos siempre po-



ner en juego nuestra fuerza en interés suyo, y algunas veces contenerlos en sus libertades por la misma razón. Debemos confiarles únicamente aquello que deseamos perder, y es necesario ocultarles todas las verdades de las que pueden hacer un mal uso. Si tengo dos relojes uno de cobre dorado y otro de oro puro, ¿estoy obligado á entregar al ladrón que pretende robarme, el segundo? ¿Y si le entrego el primero puede decir que le he engañado? ¿Puedo yo volver á conducir al incrédulo al sendero del cual se ha apartado y que teme no puede prescindir con el tiempo de cometer un crimen? ¡No! Os lo repito de nuevo: los esclavos de la fatalidad, de libertad son indignos, indignos de la verdad é indignos de la fraternidad humana.

El oculto y primitivo libro de Tarot, los representa en su décimo octavo signo en forma de tres animales distintos, un perro, un lobo y un cangrejo, que se alimenta de la corrupción animal y vegetal en aguas impuras.

Nosotros educamos al perro, matamos al lobo y nos comemos al cangrejo. El perro es el loco que obedece; el lobo es el loco que ahulla y mata. El cangrejo no es un loco, es la locura misma, puesto que una tradición popular nos dice que el cangrejo anda hacia atrás, y por lo tanto el cangrejo de la Naturaleza está relacionado con el cangrejo simbólico.

¿Cuál de los dos es preferible, el perro ó el lobo? Si lo preguntáis á un pastor, de antemano sabéis cual será su respuesta, ó quizás ni siquiera os contestará después de todo. Se echará á reir, porque no creerá que se lo preguntáis seriamente. Es justamente lo mismo que si preguntaséis quién es preferible, el

soldado ó el bandolero. A pesar de lo cual, sabido es que un bandolero es muchas veces el ideal de mujeres de elevada alcurnia, mientras que las simples cocineras y doncellas de servicio son quizás las únicas cuyos corazones son conquistados por un soldado.

Las supremas verdades de la ciencia no son ni para bandoleros, ni para soldados, ni para la mayoría de las mujeres. Un soldado no puede ser libre; un bandolero no sabe cómo ser libre, y una mujer responde siempre según el impulso del corazón.

La grande, la verdadera, la única emancipación de la mujer es la maternidad, la cual la hace—no libre—sino soberana. Las mujeres que desean conquistar la libertad del mismo modo que los hombres, se convierten invariablemente en prostitutas; las esclavas más abyectas y despreciables.

Para ser digno de la iniciación es necesario saber cómo subyugar á los animales, empezando por aquellos que llevamos en nuestro corazón. Las pasiones que dominamos son fuerzas vivientes que nos ayudan á conquistar la inmortalidad. Aquellas que nos dominan prueban nuestra debilidad é inevitablemente nos conducen á la muerte.

Es muy difícil el ser siempre razonable y no sufrir ocasionalmente las consecuencias de nuestra debilidad animal. No están los sabios libres de pecados y de faltas; pero no aman el pecado, y las faltas que cometen son para ellos señales de peligro que les estimulan á renovar sus esfuerzos hacia el bien y á vivir con más cuidado. El necio á quien demostráis sus faltas, se ofende por no haber sido encontrado perfecto y dice que la naturaleza es responsable de su estupidez. Tenéis que tener presente que si hubié-

seis permanecido tal como la Naturaleza os hizo jamás hubiérais aprendido ni á hablar ni á andar. La Naturaleza desea que el hombre marche y progrese, corrigiendo sus faltas y haciéndose de día en día más perfecto. Nadie tiene derecho de perturbar y dañar á los otros, *y aquel que desprecia el progreso moral, se convierte en un apóstata de la Eterna Vida.*

Los estudiantes de París insultaron un día al honrado M. Nizard, por haber dicho en uno de sus discursos públicos que la moralidad no es la misma cosa para todos.

La locura mayor del orgullo moderno es el sueño de la igualdad, y no está bien el decir á cualquiera que Boquillón tiene menos inteligencia que Pascal. Boquillón quiere que se le comunique la verdad entera. Lo que para él es ininteligible no debe ser inteligible para otro. Los bandidos que casi arruinaron á la Francia durante dos meses, necesitaron quemar el Louvre y las Bibliotecas públicas. Su moralidad no era ciertamente para ellos mismos la misma que la del heroico Arzobispo de París, á quien asesinaron; pero hubieran sido los primeros en apostrofar á M. Nizard si le hubiesen oído decir que la moralidad no es lo mismo para todo el mundo.

¡Cosa increíble! ¡Sobrepuja á todos los sueños posibles de un Victor Hugo! Estos criminales cometieron en pleno siglo XIX toda clase de atrocidades en presencia de un ejército de doscientos mil hombres y de trescientos mil paisanos que les permitieron hacer todo cuanto se les ocurrió. En este caso los lobos aterrorizaron á los perros, y los cangrejos se mantuvieron quietos en su madriguera.

Ojalá no disguste á los contradictores de M. Nizard,

pero hay tres clases distintas de moralidad. La moralidad natural, la moralidad filosófica y la moralidad religiosa.

La moralidad natural es sencillamente la del sentido común. La moralidad filosófica es la moralidad de la razón y la moralidad religiosa es la del espíritu y de la fe. Haciendo uso de vuestro sentido común llegáis á la razón. Con la razón iluminada por el resplandor del espíritu llegaréis con toda seguridad á la fe; pero la fe no se imprime sobre el buen sentido haciendo violencia á la razón, y la razón despreciando la fe se separa por esto mismo del sentido común.

Nada hay en el mundo más peligroso y al mismo tiempo que cause más compasión que estos mezquinos racionadores que no comprendiendo nada de lo que en el espíritu procede, se consideran colocados por encima del sentido común. Ellos son los que predicán el Ateísmo, el Materialismo y la Anarquía. Recordad aquella máxima:

*«Una filosofía mezquina hace de un hombre un ateo, pero los grandes y profundos pensamientos filosóficos conducen á aquel que los posee al conocimiento de Dios.»*

El buen sentido común de un labrador queda satisfecho con la fe, cuyo brillo es como el de un tizón, y vive tranquilo. Sigue á la naturaleza y se amolda á las costumbres de su país. Sabe que su párroco no predica ni el vicio ni la deshonra, y comprende perfectamente la verdad de la moralidad del Evangelio. Si le hablan de algún mal sacerdote, no deduce conclusiones contrarias á la religión, pues sabe que los hay buenos y que es por ellos solos por quienes la religión está representada. Si está dominado por

vicios groseros no intenta excusarse por medio de sofismas. Este hombre está en el camino recto. No ha leído ni á Praoudhon ni á Buchner; es inútil decirle que Dios es malo, que la posesión es un robo, y que no tiene más alma que su perro. Sólo se lograría ofenderle, con lo cual tendría mil veces razón. Pero que vaya este hombre á la ciudad, que hable con algún obrero suelto de lengua, que le inocule el veneno del orgullo y de la envidia, y estará perdido. Piensa que hasta entonces ha sido únicamente un bruto y para emanciparse se convierte en un energúmeno; pierde su razón al mismo tiempo que su buen sentido; ha perdido su fe y no ha aprendido ciencia alguna; queda entonces en él únicamente lo necesario para convertirle en un criminal.

Es evidente que los deberes de un labrador ó de un artesano, son diferente de los de un juez, y que un juez no está sujeto á las obligaciones de un sacerdote. Un trabajador debe tener buen sentido y razón; un juez necesita ciencia y una razón más elevada, y un sacerdote tiene que poseer una piedad razonable y consciente, la cual debe ser á manera de una apoteosis del buen sentido. Los deberes se hacen más y más difíciles y severos á medida que las funciones aumentan en importancia, y en proporción de la elevación del hombre la moralidad es más exigente y rigurosa. No eran comprendidas en este sentido las dos moralidades de M. Nizard. Ellos le hacían decir que los deberes eran más rigurosos para las gentes insignificantes y más fáciles para los que estaban en una posición elevada, lo cual es un absurdo.

El predicar teología y ascetismo á los campesinos vulgares, fe ciega á libre-pensadores y excepticismo

á sacerdotes, es un sistema de instrucción inmoral. La devoción es muy peligrosa para los hombres ignorantes; la ceguera intelectual no sigue á la razón; y la duda es la enemiga mortal de la fe. A todos debemos distribuir la ciencia, en proporciones debidas; debemos desarrollar el buen sentido entre las masas; hacer que los que raciocinan, desarrollen su razón y que hablen de piedad únicamente á los hombres que son lo suficiente razonables para llegar á la fe sin que nadie les ayude. En resumen, la instrucción debe ser jerárquica como lo es la Naturaleza. Entonces cesará de ser revolucionaria, y construirá en lugar de ser destructora.

*En esta jerarquía de inteligencias y en la necesidad de una instrucción gradual y proporcionada, se apoya la ley del ocultismo, lo cual constituía el gran secreto de los antiguos templos.*

La vida es una creación incesante, y el mismo soplo jamás pasa dos veces por los mismos labios. Cuando estamos á la sombra deseamos el sol, y cuando expuestos al calor del mismo buscamos la sombra. El uno y la otra son deseables, y para el sabio, el bien, á manera de Dios, está siempre presente en todo tiempo y en todas las formas.

Con frecuencia parece que el mal regula al mundo, pero siempre el bien, gracias á su poder de equilibrio eternamente viviente, reina supremo. Una pena es siempre productora de gozo; el error es la verdad disfrazada; la esfinge parece un monstruo y es sólo un problema; lo paradójico es la hipérbole de la razón. Toda locura es sabiduría, que se descompone para ser formada de nuevo y más completa; un cadáver es un génesis. Cada uno de los males contiene

en el mismo su propio remedio, y por lo tanto, vemos en el libro de Job á Satán colocado en su lugar debido, y contestando á su vez al Eterno en el senado de los Beni-Elohim, el cual le interroga en presencia de los hijos de Dios. Gracias al permiso de Jehovah tiente á Job, y en el libro santo, la obra del infierno tiene el caracter de una misión divina. «*Quod superius quod inferius*»; dice el secreto dogma de Hérmes.

Debemos conoter cómo sobrellevar el divino tratamiento, y esperar pacientemente el final de las pruebas á las que el médico eterno nos sujeta. Debemos sufrir sin oponernos silenciosamente á las crueles y sangrientas operaciones y amputaciones. Jamás será la vida un infierno mientras conservemos el valor y la esperanza. Y el desasosegado y doliente corazón, aun cuando sea culpable y pecador, no puede perderse mientras permanezca sumiso á Dios.—*La Ley Eterna.*

Debemos conocer cómo hacer uso de la realidad, contemplando el ideal, pero sin equivocarlo jamás por otro, sin confundirlos.

Entonces no tomaremos nunca equivocadamente lo relativo por lo absoluto; los medios por el fin, el instrumento por la música; la riqueza por la felicidad; una pasión por destino, una mujer por una divinidad, ni un ser amado por la perfección del amor. El amor ideal es amor perfecto, y es él sólo el que puede llenar y satisfacer á nuestra alma. *No debemos buscar en los demás, sino en nosotros mismos, lo que en todos existe.* Los legítimos anhelos de nuestro corazón, no son la tortura de Tántalo, *y la Naturaleza jamás nos rehusa nada de aquello á lo que tenemos derecho.* Todos

aquellos que están disgustados de la vida son jugadores de mala fe, que desean ser pagados sin haber ganado nada. Toda decepción es el castigo de una imprudencia, toda desesperación es la rabia de un ladrón á quien han robado. Un hombre que se desespera ha puesto su confianza en embustes, porque la verdad jamás engaña. Ha amado la injusticia, desde el momento en que la inmutable justicia de la verdad no le consuela. Es un enfermo que prefiere la muerte á la salud. ¿Qué son de hecho las ilusiones perdidas, más que un deseo frustrado? Pero la razón es horrible para los locos, que prefieren considerarse felices en su locura. Antes que volver sinceramente á la verdad, lánzanse de su propia voluntad en el seno de la muerte; puesto que al mirar desesperados la faz de la muerte, transfórmase esta en una ilusión postrera, que les hace considerarla como una eterna mentira.

Debemos saber finalmente para ser iniciados cómo mantenernos firmes ante las pruebas, y esto no podemos hacerlo más que gracias á un perfecto conocimiento del objeto que nos proponemos, y á una voluntad indomable para alcanzarlo.

---



---

## VII

# OBJETO DE LA INICIACIÓN

«La verdadera piedra filosofal que todos deben descubrir, es la nueva vida en Cristo-Jesús.» «Para vencer á la Naturaleza hay que conquistarse antes á uno mismo.» «Al egoísta y al malvado jamás le será revelado secreto alguno.»

BEHMEN.

El objeto de la iniciación antigua era el hacerse digno de ser un sacerdote ó un rey.

La elevadísima ciencia enseñada por Zoroastro y por Hérmes era entre los antiguos el arte del sacerdocio, y el que confería el derecho á la corona. Sacerdotes y reyes eran entonces considerados como representantes de Dios en la tierra. Dios hablaba á los sacerdotes y gobernaba al pueblo por medio de los reyes.

El aproximarse á la Divinidad sin necesidad de intermediario alguno, es todavía el privilegio de aquel que es admitido en el oculto santuario. El es admitido á ver á Dios por medio de la inteligencia y la razón y á adorarle en espíritu y verdad, y á él se le comunica la fuerza necesaria para apartar de sí

mismo y de los demás, no los sufrimientos necesarios, pero sí al menos todos los reales infortunios de la vida, y á disponer en la medida de las fuerzas humanas de todas cuantas ventajas y beneficios la perfección de la naturaleza puede procurar.

El ser inaccesible al mal y al error, el dominarse á sí mismo, y ser, por lo tanto, digno de mandar á los otros, el estar siempre dispuesto á escoger, de entre todas las cosas de la creación únicamente lo que es bueno y á poseer en paz aquello que uno ha escogido—¿no constituye después de todo una dignidad verdaderamente sacerdotal y real? En otras palabras, ¿no es esto una existencia divina? Este es el objeto de las ciencias ocultas, esto es lo que debemos alcanzar por medio de la real iniciación.

¿Es la perfección posible para el hombre? Sí, por cierto. Teniendo presente que no hablamos de perfección absoluta, la cual le elevaría por encima de su propia naturaleza, una perfección acerca de la cual podemos soñar, pero que no podemos definir ni siquiera concebir. Nos referimos á una perfección que está dentro de las posibilidades de la humana naturaleza, y que puede expresarse por estas tres palabras tan mal comprendidas y que sirven como de lema para los adherentes al sistema republicano: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

*Libertad* de inteligencia, libre de toda clase de preocupaciones: libertad de voluntad, libre de todas las pasiones vergonzosas ó irregulares; libertad de afecciones, siempre dirigidas voluntariamente hacia el bien: *Igualdad* gracias al perfecto equilibrio de la mente: y *Fraternidad* con el derecho de primogenitura en ventaja nuestra y de la naturaleza entera. Sí,

el sabio es el hermano querido de las estrellas, porque él sabe lo que ellas no conocen, y comprende las leyes que dirigen el pensamiento antes de que este se forme; él comprende su influencia y analiza su luz; él es en cierto sentido el tesorero de sus riquezas; él es el hermano y el amigo de la naturaleza entera; él es el sacerdote de las estaciones, y á Dios ofrece sus primeros frutos; él es el que consuela á los hombres, el que vela por los animales, y todo esto sin violencia alguna, sin esfuerzo, con perfecta naturalidad, tan pronto como ha logrado perfeccionar su naturaleza. El es, por lo tanto, el más feliz, el más útil y el más amable de los hombres. *Su invisible divinidad, en él se manifiesta visiblemente, el impersonal infinito en su persona se revela, y se convierte en una solución viviente del gran enigma, del hombre-Dios.*

Cierto es que una tan alta prerogativa le condena en un principio al sacrificio. Algunos le adorarán, otros le detestarán, puesto que en la tierra hay gentes buenas y malas. El tiene que defenderse lo mismo contra las imprudencias á que pueden dar lugar sus amigos en medio de su entusiasmo, que contra el odio y la exasperación de sus enemigos. *Nadie posee impunemente el fuego de los cielos, y los esclavos de Júpiter serán siempre los ejecutores de Prometeo.* El se verá perseguido en nombre de Dios, y en Su nombre mismo procurarán matarle. Ya puede ser bondadoso como Osiris, poeta como Orfeo, sabio como Sócrates, poseer los conocimientos de un Pythagoras; dulce y paciente como Jesús, piadoso como Savonarola, un buen pastor como Juan Huss: bien poco importa, será tratado como un público malhechor y tendrá que responder de su ciencia ante

la ignorancia, de su ignorancia ante la estupidez, de su virtud ante los viciosos. *¡Cristo ha dicho! «Aquel que quiera seguirme, levántese y tome su cruz.»*

Tal era el destino de los reveladores del antiguo mundo y el de los reformadores de la Edad Media. Lo mismo le sucede siempre al tipo del hombre perfecto, que siendo divino y humano al mismo tiempo, presenta como en la persona de Jesús de un modo extraordinario los símbolos del sacrificio. Pero el sacrificio es sólo el período de prueba, y el Evangelio es únicamente la introducción al gran libro de sabiduría resucitado por Jesús, que vive para siempre en sus discípulos, libro que está escribiéndose eternamente ó más bien constituyéndose por medio de actos que son á un tiempo divinos y humanos, al través de todas las épocas futuras.

Un acto de humanidad es á la verdad divino, y las buenas obras son más eficaces que las plegarias. Las mejores de todas las buenas obras son aquellas verificadas espontáneamente y sin la menor pretensión al mérito. Dice Cristo que un buen árbol producirá siempre buenos frutos, y lo mismo hacen los buenos que obran bien sin pensar mucho en ello. Obran bien, porque no pueden hacer otra cosa; difunden su bondad á manera del sol sus rayos; y si una gota de agua dada á un viajero sediento merece un eterno premio, ¿cuál podrá ser el que merezca aquel que descubre un manantial en el desierto y construye una fuente?

Los mercenarios son pagados y recompensados; pero á aquel que lo posee todo, ¿qué es lo que podemos darle? ¿Ofreceríais una manzana al vendedor de las mismas? ¿Cómo podéis justificar al justo, á aquel

que es un juez? Todas las recompensas son temporales, y una eternidad de bienaventuranza no sería un premio, sino un estado normal al cual las almas de aquellos que saben cómo hacerse á sí mismos inmortales, deben llegar. Nosotros obtenemos la inmortalidad *venciendo al miedo, al deseo y á la muerte*. El que tenga la suficiente inteligencia, comprenderá.

Un hombre justo jamás puede hacerse reo de injusticia. Sócrates al morir, dice á sus discípulos que ofrezcan por él un gallo á Esculapio, y él, el adorador del verdadero Dios, es criticado por un acto tal que aparenta superstición. La multitud vulgar considera á la divina vida del iniciado como una cosa sobrenatural.

Desde el momento en que para el sabio la naturaleza se eleva, evita naturalmente todo lo que atrae catástrofes sobre los hombres insensatos. El radia el bien y rechaza al mal, y se supone que inteligencias superiores están á su servicio.

Salomón era rey de los espíritus: Jesús podía mandar á los ángeles: Sócrates tenía un genio familiar: Apolonio poseía la clave de los milagros. Ellos conocían los secretos del presente, descubrían el pasado y penetraban el futuro, gracias á su sagacidad para relacionar los efectos con las causas. Ellos eran mágicos á manera de médicos, y profetas á manera de astrónomos: eran ellos adivinos sencillamente porque eran divinos, y eran divinos porque eran perfectamente humanos; ó lo que es lo mismo; *ellos eran hombres, tales como Dios y la Naturaleza desenvuelven, y tales como la Ciencia y la Virtud completan*.

*El iniciado sólo posee riquezas, porque dispone de ellas para el bien, y jamás le asusta la idea de per-*

*derlas*, puesto que únicamente puede obtenerlas sin desearlas. El sólo goza de los placeres de la vida, porque escoge los suyos y mantiene á sus sentidos sujetos. El anda á manera de Jesús sobre las aguas del mar turbulento, y con sólo levantarse, apacigua con una mirada ó con una palabra las tempestades que durante su sueño le asaltan. No teme el sangriento camino del Calvario, porque conoce la senda luminosa que al Tabor conduce. Puede ser pobre y leproso como Job, desterrado como Pythágoras, sentenciado á muerte como Sócrates, encarcelado como Apolonio, atormentado como Campanella, quemado como Savonarola, Giordano-Bruno y Vanini: no pueden sus verdaderas posesiones serle arrebatadas, no puede quedar humillado ante sus propios ojos, no temblará, no será intimidado, no podrán hacer que tema la muerte. El sabe, como Job, que *su redentor vive y que volverá de nuevo á ensalzarle; su redentor es la palabra de verdad, es Dios*; siempre victorioso en los hombres justos; él sabe que sufrir es trabajar, y que trabajar es enriquecerse.

Jamás puede ser separado de aquellos á quienes ama, puesto que conoce bien que el amor verdadero es inmortal. No ama la muerte, ama la inmortalidad, y sabe bien que esta no se le escapará. ¿Acaso nos encontramos realmente separados de nuestros amigos cuando viajan? ¿No permanecen las almas unidas desde un extremo del universo al otro? ¿Se desespera una madre porque su hijo duerme, y se entristece el padre que trabaja por sus hijos á causa de saber que ellos han partido antes que él para la mansión en la que toda la familia debe algún día encontrarse reunida, y la cual trata de pagar con su trabajo?

Estando libre de cuidados, el Iniciado es inaccesible al miedo. El ama á Dios y no le teme. Él sabe que las leyes religiosas son las prescripciones que la medicina moral prescribe, y que aquellos que están sanos para nada necesitan á un médico.

No necesita él de predicador alguno; su soberano pontífice es la razón iluminada por la fe.

*La humanidad entera es el cuerpo de Dios, del cual somos nosotros los miembros; todos debemos sufrir lo que uno sufre, y la felicidad de uno solo debe hacernos á todos felices. Este es el dogma de salvación, el dogma de lo futuro.*

---

---

## VIII

# KARMA

---

El mayor problema de la vida humana, es su miseria. Ninguno de nosotros se encuentra libre de aflicción, sea en una forma, sea en otra. El más feliz y el más envidiado de los hombres conoce perfectamente las dolorosas enfermedades de su cuerpo, la intranquilidad mental, la tristeza hija de los desengaños, de las pérdidas, del miedo. ¿Cuánto más, pues, no conocen todo esto aquellos que continuamente están enfermos, aquellos que llenos de ansiedad esperan el pan del día siguiente; aquellos que quizá no han comido lo suficiente para un sólo día? Y á todos los sufrimientos que el frío, el hambre y la miseria cruel en todas sus formas causan á estos infelices, hay que agregar el terrible y desconsolador sentimiento de contemplar la riqueza, el lujo y el bienestar en manos de otros, cuyos caracteres y vidas no demuestran en manera alguna un mérito mucho mayor, y sí quizás mucha menos grandeza de ánimo.

Todo hombre pregunta el por qué de la existencia del sufrimiento en el mundo; pero en particular el in-



feliz desgraciado pregunta la causa de sus padecimientos. Rebélase ante la aparente injusticia de la humana suerte; cierra sus puños ante las superfluidades de la elegancia, posible es que maldiga á la tierra en la cual vive sumido en la miseria, mientras que su hermano tiene todo cuanto puede desear. Ninguna de las explicaciones dadas satisfacen ni á su razón ni á sus sentimientos. Afirma el economista que las desigualdades en la vida social, son el efecto necesario de una civilización elevada: que es imposible tener obreros sin negocios, ni negocios sin capital, ni capital sin lujo; y que la fuerza de la inteligencia tiene derecho á ganancias, como lo tiene la fuerza corporal. El candidato á un centro gubernativo pretende que todo esto es la consecuencia de malas leyes, y que en cuanto estas sean mejores, el bienestar será general. El clérigo dice que tal es la voluntad de Dios, y que no debemos nosotros poner á su sabiduría en tela de juicio, sino someternos á su autoridad. A Él le ha parecido bien el hacer ricos á unos pocos, y pobres á la inmensa mayoría, el conceder la salud á unos, y á otros no, perturbarnos á todos, si bien á unos mucho más que á otros, y que debemos aceptar los hechos con devota resignación, sin contemplarlos con dudas y disgusto.

Pero estos argumentos no responden, al parecer, por completo al caso en cuestión. Existe una enorme cantidad de tristeza mental y de sufrimientos corporales que no quedan satisfechos con los mismos, y no se ve bien claro que las desigualdades de la vida procedan únicamente de una civilización más elevada ó de leyes injustas. Todavía queda uno menos satisfecho con la explicación de la parcialidad de Dios, de

una Paternidad que contempla con simpatía á unos pocos tan sólo de sus hijos, y que es por completo indiferente para con el resto. Y el aterido y hambriento mendigo no alza con reverencia sus ojos al cielo si piensa que de allí vienen su miseria y su dolor.

Debe existir alguna mejor solución para el problema de los sufrimientos humanos, con la cual quede la mente satisfecha, que satisfaga al sentido moral y que abrace el verdadero espíritu del mismo. Y justamente ahora es cuando la Teosofía, la gran instructora é inspiradora de la humanidad, llega con su doctrina de KARMA explicando y justificando los hechos de la vida tal como los conocemos. Esta doctrina sostiene que los hombres son lo que de sí mismo ellos han hecho, que sus propios actos son los que han creado la situación que ocupan en la vida, que sufren ó gozan porque han deseado el placer ó el dolor. La condición en la vida no es un accidente; es un efecto. Pero la mayor parte de los hombres dirán: ¿cómo es esto posible? Mi condición empezó con mi infancia, ¿cómo, pues, puede haber sido determinada por mi conducta desde entonces? ¡Vuestra doctrina implica la consecuencia de que yo soy lo que soy porque yo mismo me he preparado para ello en un estado previo! A lo que la Teosofía contesta: «Precisamente, así es. No es esta vuestra primera vida terrena, ni quizás la centésima. En el lento proceso por medio del cual la Naturaleza os ha conducido desde la infancia hasta la edad viril, vuestra vida ha estado constituida por diversos días, separados unos de otros por noches de sueño. Así es que en el proceso extraordinariamente lento por medio del cual os está educando desde el plano más inferior de la humana pequeñez, hasta

el más superior, aquél en que la sabiduría os hará semejantes á dioses, vuestra existencia se halla compuesta de distintas vidas separadas unas de otras por periodos de existencia fuera del plano material. Durante estas vidas en la tierra es cuando obráis, aprendéis y formáis vuestro caracter; tal como es aquel caracter así son las vidas que siguen después, las cuales son la expresión del mismo. Re-nacimiento, re-encarnación es la ley del humano desenvolvimiento: aparecéis una y otra vez en el mundo á fin de que podáis progresar, avanzar y luchar para lograr la perfección. Karma expresa hasta qué punto con vuestros esfuerzos os habéis aproximado á ella: vosotros sois lo que de vosotros mismos habéis hecho: vuestra condición es aquella para la cual estáis apropiados.»

«¿Cómo puede ser esto?— se pregunta con la mayor buena fé.—Acaso la pobreza ó las riquezas, la debilidad ó la fuerza, la obscuridad ó el rango, ¿indican el mérito ó el demérito á que me he hecho acreedor?» «No, después de todo,» contesta la Teosofia; «pero sí lo indica vuestro grado de felicidad.» La felicidad no depende ni de la riqueza, ni de la situación; ni es la desgracia la consecuencia necesaria de escasos bienes de fortuna y de condiciones humildes. La alegría y la tristeza son condiciones de la mente, influenciadas, sin duda alguna, por los objetos materiales que nos rodean, pero no determinadas por ellos. Los ricos no son siempre felices, por lo tanto no hay que considerarlos como las consecuencias de buenas acciones del pasado: los pobres no son siempre desgraciados, y por la misma razón no tenemos que ver en ellos la consecuencia del mal anteriormente cometido.

*Es el estado de la mente y no el estado de la bolsa, lo que demuestra lo que Karma implica en cada caso.»*

En cuanto un hombre cualquiera ve claramente que su condición presente es el resultado tan sólo de su conducta en vidas anteriores; que significa y expresa, no meramente lo que ha hecho, sino lo que *es*: que no es ni un accidente, ni un capricho, ni una fatalidad, sino que es un efecto necesario de una ley inmutable, ha dado el más grande de los pasos hacia la satisfacción, la armonía y un porvenir mejor. Porque obsérvese, qué nubes no desvanece una concepción semejante y qué implsos no engendra en el sentido del perfeccionamiento individual. El sentimiento de injusticia desaparece. Podrá no conocer las pasadas vidas cuyos efectos en la actualidad experimenta, pero la cualidad de estos efectos le hace deducir cual habrá sido la cualidad de sus vidas pasadas. Cosecha lo que ha sembrado. Podrá ser triste, lastimoso ó perturbador, pero por lo menos es justo. La envidia también desaparece. ¿A qué envidiar después de todo la mucho mayor felicidad de aquellos que á la misma tienen derecho, y que hubiera podido ser también suya si hubiese hecho lo necesario para obtenerla? La animosidad se calma. No hay lugar para ella en cuanto se ha visto que las causas que la dan origen no existen, y que la única persona merecedora de condenación es uno mismo. Más todavía, muere por completo todo resentimiento nacido á la vista del divino favoritismo, aquella creencia particularmente amarga de que el Ser Supremo es obstinado ó caprichoso, y de que reparte á su antojo alegrías y tristezas, acariciando á unos de sus hijos y rechazando á otros, sin tener en cuenta ni la elevación moral

ni los premios á los que por sus vidas se han hecho acreedores. Es imposible tener confianza en un tal ser, y la única teoría que puede poner las cosas en su lugar debido es la teoría de la Ley Kármica, ley que no respeta en manera alguna á las personas, que mira á cada hombre precisamente como mira á todos los demás, que toma nota hasta de los actos más insignificantes en su libro de cuentas, que los valúa del modo más exacto y preciso, y que cuando el tiempo del vencimiento llega—sea en la misma encarnación, sea en una de las futuras de la larga cadena de las mismas—paga con la más escrupulosa fidelidad. Concentrando así la responsabilidad para cada hombre en él mismo tan sólo, Karma colócase en lugar de la Providencia, calma el resentimiento, abate el descontento y vindica á la justicia.

Pero hace todavía más que esto: estimula, da origen al espíritu de empresa. Si somos nosotros ahora lo que de nosotros mismos hemos hecho, seremos en lo futuro lo que hagamos de nosotros mismos. El molde para el futuro está hoy en nuestras manos. La calidad de las futuras encarnaciones no depende en manera alguna de la casualidad, ó de una voluntad superior, sino sencillamente lo que les comunicamos por nuestros actos presentes, es lo que las caracterizará. La responsabilidad, el poder son nuestros, nuestros únicamente. Es tan cierto que nuestro re-nacimiento dependerá de la línea de conducta que hayamos seguido durante nuestra vida, como que la porción final de esta misma vida será la consecuencia de la primera parte de la misma. El re-nacimiento es, de hecho, una expresión de caracter, y el caracter expresa lo que somos y lo que hacemos.

Aquel, pues, que desee una re-encarnación superior debe mejorar su re-encarnación presente. Apercíbase de las faltas que corrompen su vida—la indolencia, la irritabilidad, la cólera, la frivolidad, la avaricia, el odio, la lujuria, la falta de caridad—y acabe con ellas dominándolas. Por encima de todas las demás faltas, y comprendiéndolas á todas, se cierne el *Egoismo*, el triste amor de deseo personal en contra de los dérechos, privilegios y de la felicidad de los otros hombres, un amor que inflama á cada uno de los elementos inferiores de la constitución humana, y que mata todo sentimiento elevado y superior. Aquel que quiera prepararse para sí mismo un más feliz renacimiento, debe empezar por hacer más felices las vidas de los demás. Debe respetar sus derechos, consultar sus sentimientos, extender el círculo de sus placeres, sacrificándose él mismo generosamente, á fin de que sea en provecho de sus hermanos. A medida que así se conduce, se va manifestando su propia y más elevada naturaleza, y satisfacciones mucho más delicadas le llenan de un indecible placer. Gracias á una bendita ley de la existencia, aquel que pierde así su vida, la salvará; porque, no solamente experimenta placeres mucho más exquisitos que todos los que sus esfuerzos egoistas podrían proporcionarle, sino que además modela su caracter en armonía con el verdadero y perfecto concepto de belleza que preside en la pura idea de la dignidad humana, y además amolda y prepara los materiales destinados á premiar en su próxima encarnación los esfuerzos que en la presente ha verificado.

Ciertamente un principio que estimula los más elevados motivos que en la humana naturaleza existen,

puede muy bien ser causa de la regeneración de la vida humana. Aquel que contempla su presente como el producto de su pasado, aquel que presiente que su futuro será la consecuencia de su presente, aquel que encuentra en Karma el infalible tesoro para todo esfuerzo y para cada sinsabor, aquel que desea en su próximo re-nacimiento encontrar más alegría y menos miserias que las que en la actualidad le abruman, procurará encontrar en sus generosos servicios en favor de sus semejantes, en pro de sus hermanos, la mayor felicidad de sus facultades más elevadas, y su confianza en una re-encarnación superior será absoluta, pues se apoyará en aquella ley á la que nada puede quebrantar, en aquella fuerza que no puede fallar.

---

---

## IX

# REENCARNACIÓN

---

A la mayor parte de las personas que no son todavía Teosofistas, ninguna doctrina parece más singular que la de la Reencarnación, ó lo que es lo mismo, que todo hombre nace repetidas veces en la vida terrena: puesto que la creencia general es que sólo una vez nacemos, y que sólo esta vez es la que determina nuestro futuro. Y, sin embargo, es claro y evidente, hasta dejarlo de sobra, que una vida sola, por larga que sea, no es más adecuada para adquirir conocimientos, para atesorar experiencia, para dar solidez á los principios y para formar el carácter, que lo que lo sería un día en la infancia para cumplir con los deberes de la virilidad madura. Cualquier hombre puede aclarar estas ideas por sí mismo, considerando, por una parte, el futuro probable que la Naturaleza destina á la humanidad, y por otra, su presente preparación para el mismo. Aquel futuro incluye evidentemente dos cosas: una elevación del individuo á una excelencia divina, y su gradual comprensión del Universo de Verdad.



La preparación presente, como quiera que sea, consta sólo de un muy imperfecto conocimiento de una muy pequeña porción de una forma de existencia, y este conocimiento debe ser obtenido principalmente por medio del uso parcial de sentidos engañosos; de una sospecha más bien que creencia, de que la esfera de la verdad supersensible puede exceder á lo sensible, como el gran universo sobrepaja á nuestra tierra; de una serie de facultades morales y espirituales parcialmente desarrolladas, ninguna de ellas aguda, ninguna de ellas libre en su acción, pero todas empujadas por el no uso, envenenadas por la preocupación y pervertidas por la ignorancia; estando además la naturaleza entera, limitada en sus intereses y afectada en sus empresas por las necesidades siempre presentes de un cuerpo físico, el cual mucho más que el alma, se inclina á creer que él es el real «Yo.» ¿Está acaso un tal sér, mezquino, extraviado, carnal y enfermizo, en disposición de entrar á la muerte en una carrera sin límites de adquisiciones espirituales?

Ahora bien, sólo existen tres caminos para llegar al vencimiento de una tan obvia como mala disposición: un poder transformador en la muerte, una *post-mortem* y completa disciplina espiritual y una serie de reencarnaciones. Nada existe evidentemente en la mera separación del alma, del cuerpo, que sea capaz de conferir sabiduría, de ennoblecer el carácter ó de aniquilar disposiciones adquiridas por medio de la vida carnal. Si un poder tal existiese en la muerte, todas las almas, al quedar desencarnadas, serían precisamente iguales, lo cual es un absurdo palpable. No puede tampoco una disciplina *post-mortem* llenar los requisitos necesarios, y esto por nueve razones: 1.<sup>a</sup> el

conocimiento de la humana vida por parte del alma, siempre resultaría insignificante; 2.<sup>a</sup>, de las varias facultades susceptibles de ser desarrolladas únicamente durante la encarnación, permaneciendo algunas dormidas, cuando la muerte, jamás se desarrollarían; 3.<sup>a</sup>, la no satisfactoria naturaleza de la vida material no quedaría plenamente demostrada; 4.<sup>a</sup>, no habría tenido lugar ninguna deliberada conquista de la carne por parte del espíritu; 5.<sup>a</sup>, el significado de la Fraternidad Universal habría sido muy imperfectamente visto; 6.<sup>a</sup>, el deseo por la existencia en la tierra bajo diferentes condiciones, impediría de un modo persistente el progreso disciplinario; 7.<sup>a</sup>, la justicia exacta difícilmente sería conseguida; 8.<sup>a</sup>, la disciplina misma sería insuficientemente variada y copiosa; 9.<sup>a</sup>, no tendría lugar progreso ninguno en las sucesivas razas de la tierra.

Queda, pues, como última alternativa, una serie de reencarnaciones: en otras palabras, que el principio permanente del hombre, dotado durante cada uno de los intervalos entre dos vidas terrenas con los resultados obtenidos en la primera de ellas, volverá en busca de más experiencia y esfuerzo. Si las nueve necesidades anteriores, que una disciplina meramente espiritual después de la muerte no satisface, quedan satisfechas con la reencarnación, debe existir con toda seguridad, una fuerte y legítima presunción en favor de la misma. Ahora bien:

1. *Únicamente por medio de reencarnaciones puede conocerse completamente la humana vida.* Un hombre perfecto debe haber experimentado cada uno de los tipos de relación y deber terreno, cada una de las fases de existencia, de afección, de pasión, cada

una de las formas de tentación, y cada una de las variedades de conflicto. No es posible que una sola vida pueda proporcionar más que una muy diminuta porción para una tal experiencia.

2. *Las reencarnaciones dan ocasión para el desenvolvimiento de todas aquellas facultades que pueden únicamente serlo durante la encarnación.* Aparte de algunas cuestiones levantadas por la doctrina oculta, podemos muy fácilmente ver que algunas de las más ricas adquisiciones del alma, vienen únicamente gracias al contacto con relaciones humanas, y por medio de sufrimientos y enfermedades. Son ejemplo de las mismas, la simpatía, la tolerancia, la paciencia, la energía, la fortaleza, la previsión, la gratitud, la compasión, la beneficencia y el altruismo.

3. *Sólo por medio de reencarnaciones queda plenamente demostrada la antisatisfactoria naturaleza de la vida material.* Una encarnación prueba únicamente la futilidad de sus propias condiciones para conseguir la felicidad. Exige la verdad que todos los que se hallan sujetos á las mismas condiciones, pasen por las mismas pruebas. Durante el transcurso del tiempo, ve el alma que un ser espiritual no puede ser alimentado con alimentos groseros, y que cualquier clase de corta y feliz unión con lo Divino debe ser ilusoria.

4. *La subordinación de la naturaleza inferior á la Superior es únicamente posible por medio de muchas vidas terrenas.* No son pocos, por cierto, aquellos á quienes es necesario convencer de que el cuerpo es sólo una cáscara y no un constituyente del *Ego* real; y á otros, de que sus pasiones deben ser dominadas por aquel *Ego*. Hasta que el espíritu tiene pleno po-

der sobre la carne, el hombre no está dispuesto para una existencia puramente espiritual. A nadie hemos conocido que haya obtenido una tal victoria durante esta vida, y podemos, por lo tanto, estar seguros de que otras vidas son necesarias para suplir la deficiencia de una sola.

5. *El significado de la fraternidad Universal se convierte en aparente solo á medida que el velo del yo y de los intereses egoistas se vá aclarando*; y esto tiene unicamente lugar por medio de aquella lenta emancipación de creencias convencionales, de errores personales y de opiniones mezquinas, gracias á una série de efectos producidos por las reencarnaciones. Un profundo sentimiento de solidaridad presupone una fusión del uno en el todo: un proceso que se extiende sobre muchas vidas.

6. *El deseo de otras formas de experiencia terrena puede unicamente ser extinguido sufriendolas*. Obvio es que si cualquiera de nosotros se encontrase transportado al mundo invisible, sentiría no haber experimentado la existencia en otra situación, ó rodeado de otras personas. Desearía haber sabido lo que es el poseer rango, riquezas, belleza, ó haber vivido en razas y climas distintos, ó haber conocido más el mundo y la sociedad. El progreso espiritual no puede tener lugar mientras los deseos terrenos lancen al alma hacia atrás, y de ellos se libra logrando sucesivamente el cumplimiento de los mismos para despreciarlos después. Cuando el ciclo de un conocimiento tal ha sido recorrido, el sentimiento causado por la ignorancia, ha muerto por completo.

7. *Las Reencarnaciones dan lugar á que á cada hombre se le haga justicia exacta*. La verdadera sen-

tencia debe cumplirse en el plano, en el cuál el acto que la ha originado ha tenido lugar; de otra manera su naturaleza cambia, sus efectos desnaturalizados y sus influencias colaterales se pierden. El ultraje físico tiene que ser castigado con una pena física, no basta un nuevo sentimiento interno de arrepentimiento. Vidas horrorosas encuentran una consecuencia apropiada en horrores visibles. Pero una vida es en exceso corta para el preciso balance de las cuentas, y muchas se necesitan para que cada una de las buenas y malas acciones cometidas puedan recibir su premio ó su castigo en la misma tierra, en la cual se llevaron á efecto.

8. *Las reencarnaciones aseguran la variada y copiosa disciplina que todos nosotros necesitamos.* Mucha parte de esta disciplina viene por medio de los sentidos, gracias á las condiciones de la vida física, y al través de procesos psico-fisiológicos: todo lo cual faltaría en un estado *post-mortem*. Considerada la reencarnación bien como un procedimiento educativo ó bien como un procedimiento penal para castigar el mal cometido, una série de vueltas repetidas á la tierra es necesaria para que la disciplina sea completa.

9. *Las reencarnaciones aseguran un progreso continuo en las razas sucesivas de hombres.* Si cada niño nacido nuevamente, fuese una alma creada por vez primera, no tendría lugar ningún progreso humano general más que por herencia. Pero si un niño tal es la flor de muchas encarnaciones, es él la expresión de un pasado cumplido y al mismo tiempo la de un futuro posible. La marea de vida le eleva de este modo á alturas cada vez mayores, á medida que cada ola

rompe en la orilla á mayor altura. La gran evolución de tipos más perfectos exige una profusión de existencias terrenas para que su éxito sea completo.

Estos puntos ilustran la máxima universal de que la «Naturaleza nada hace por saltos.» No introduce, en este caso, en una región del espíritu y de la vida espiritual, á un ser que poco es lo que ha conocido además de la materia y de la vida material, y aun respecto de las mismas con conocimientos bien limitados. El hacer esto, equivaldría á introducir súbitamente á un mozo de labranza en una reunión de metafísicos. El correr tras de un ideal cualquiera implica algún conocimiento preliminar acerca de su naturaleza, objetivos, y de las exigencias mentales que requiere; y cuanto más elevado sea el ideal que nos proponemos, mayor debe ser la preparación que necesita. Es inevitable que un ser que tiene ante sí una eternidad de progreso al través de zonas de conocimientos y de experiencia espiritual, aproximándose continuamente al Sol Central, tiene que estar preparado para ello gracias á una larga adquisición de las facultades que sólo pueden servirle para alcanzarlo. Su delicadeza, su vigor, su penetración, su diferencia con respecto á las que evocan las necesidades del plano material, demuestran el contraste de la vida terrena y de la vida del espíritu. Y demuestran en exceso también lo inconcebible de una súbita transición de la una á la otra, de un proceso desconocido en cualquiera de los demás departamentos del taller de la Naturaleza, y la imposibilidad de un quebrantamiento

de la ley de progreso al través de la Evolución. Un hombre, antes de que pueda convertirse en un «dios», debe llegar á ser un hombre perfecto, y no puede llegar á ser un hombre perfecto ni en setenta años de vida terrena, ni en un número cualquiera de años de vida, de la cual las condiciones humanas se hallen ausentes.

La producción de una naturaleza pura, rica y etérea, al través de un largo curso de influencia espiritualizadora mientras la materia nos rodea, existe ilustrada en agricultura en la planta algodón. Cuando llega la época de la cosecha, las distintas vitalidades del sol, del aire, de la tierra y del tallo, culminan en un capullo que abriéndose deja libre el copo que en su interior encierra. Aquella blanca, suave y delicada producción es la consecuencia de años de adherencia al suelo. Pero la luz del sol y la lluvia del cielo han transformado partículas groseras en un delicado copo. Y del mismo modo el hombre, largo tiempo arraigado en la arcilla, recibe las influencias de lo alto, las cuales á medida que penetrándole le elevan gradualmente, transmutan á cada uno de los elementos groseros en su espiritual equivalente, le purgan, purifican y ennoblecen. y cuando el evolucionario proceso está completo, arrancan la envoltura postrera que al alma perfecta cubre y la dejan libre para que concluya para siempre su unión con lo material.

«Cierto es, hasta la evidencia, que á no ser que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios.» Renacimiento y revida deben preceder en su camino hasta que sus propósitos se hayan realizado. A la verdad, si fuésemos meras víctimas de una ley evolutiva, si fuésemos sólo miserables átomos con

quienes la Naturaleza jugase sin piedad, la perspectiva de una sucesión de encarnaciones, en ninguna de las cuales se encuentra la satisfacción, motivo habría para volvernos locos de desesperación. Pero la Teosofía nos asegura que no es un tan triste porvenir el que nos espera. Nos hace ver que las reencarnaciones son ley para el hombre, puesto que constituyen la condición de su progreso, el cual es también una ley; y también le dice que puede prepararlas, mejorarlas y disminuirlas. El no puede libertarse del engranaje, ni podría hacerlo aún cuando quisiera. Dotado con la facultad de dirigir la máquina del mejor modo posible, impulsado á ponerla en acción, puede armonizar sus aspiraciones y esfuerzos con el sistema que expresa la sabiduría infinita del Supremo, y al través de la jornada de lo temporal á lo eterno recorrer el camino con rápido paso, animado con la conciencia de que él es uno de los que constituyen una multitud innumerable, y con la certeza de que tanto él como ellos pueden, si quieren, llegar por fin á aquella esfera en donde el nacimiento y la muerte son sólo recuerdos del pasado.



---

## X

# CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE

---

Bis duo sunthominis: manes, caro, spiritus, umbra  
Quatuor ista loca bis duo suscipiunt.  
Terra tegit carnem, tumulus circumvolat umbra,  
Orcus habet manes, spiritus astra petit.

OVIDIO

El problema de los problemas, sea que lo consideremos bajo el punto de vista religioso, científico ó filosófico, ha sido, es y será, el hombre. El hombre, según todas las religiones, procede de Dios. Tanto la moderna ciencia, como la moderna filosofía, han creído borrar el nombre de Dios de sus libros, sustituyéndolo con los nombres de Causa Primera, Fuerza, etc.; con lo cual no han hecho más que bajar la cabeza á pesar suyo ante Algo de lo cual no pueden prescindir.

En todas partes, en el universo entero, encontramos la misma Trinidad misteriosa, los tres elementos indisolubles, inseparables, la eterna síntesis de todo cuanto existe. En religión, damos á esta trinidad los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo; en ciencia

la conocemos como Fuerza, Materia y Movimiento, y en filosofía nos encontramos la Causa, el Medio y el Efecto. Según todas las religiones, el hombre es la imagen de Dios, por lo tanto, si Dios es trino y uno, debe el hombre también ser trino y uno. En el hombre religiosamente considerado, encontramos Espíritu, Alma y Cuerpo, lo cual armoniza perfectamente con las tres personas de la Trinidad en las grandes Religiones Orientales. Así es que tenemos en la triple manifestación de la Trimurti India lo siguiente:

|        |       |        |          |
|--------|-------|--------|----------|
| Nara   | Agni  | Brahma | El Padre |
| Nari   | Vaya  | Vishnu | La Madre |
| Viradj | Surya | Siva   | El Hijo  |

La primera es la trinidad oculta ó no manifestada— una pura abstracción. La segunda, la activa ó revelada en los resultados de la creación, que procede de la primera, su espiritual prototipo. Y la tercera es la imagen desnaturalizada en forma de dogmas humanos, los cuales están sujetos á las variaciones que la fantasía religioso-materialista de las distintas naciones les somete.

En el hombre considerado científicamente tenemos la Vida, que corresponde á la Fuerza; la Sustancia, ó materiales que le constituyen, la Materia; y el resultado producido por la Vida sobre la Sustancia ó elementos inorgánicos, considerados *per se*, es lo que llamamos Movimiento.

Considerando al hombre psicológicamente, nos encontramos con sus tres facultades, Voluntad, Inteligencia y Sensibilidad. La Voluntad corresponde á la Causa; la Inteligencia al Medio, y es, en efecto, la Inteligencia en el hombre el Medio, el instrumento del

cual se vale el Divino Principio Volitivo durante su evolución al través de la materia. Finalmente, tenemos en el hombre la Sensibilidad, que corresponde á la Materia.

Hé aquí, pues, la división fundamental del hombre en tres elementos ó principios, sea que le consideremos bajo el punto de vista religioso, científico ó filosófico. Llamaremos nosotros á éstos, Cuerpo, Alma y Espíritu, considerando al Alma como al hombre propiamente dicho, que se sirve del aspecto ilusorio de la misma; el Cuerpo, para atesorar el mayor número posible de experiencias y de buenas cualidades, que son las que conceden al Espíritu, cuando con él el Alma se ha unido, una individualidad determinada, sin dejar por esto de formar y de constituir parte del Espíritu Universal.

La división ternaria del hombre la encontramos lo mismo en los libros de Confucio que en las Epístolas de San Pablo, el gran apóstol del Cristianismo, que en las obras de los Santos Padres, Orígenes, Clemente de Alejandría, Athenagoras, etc., etc.

Aunque es esta la división fundamental, prescindiendo de otras divisiones del hombre en diversos elementos ó principios, vamos á dar una ligera idea de la división septenaria: fúndase esta para dividir al hombre en siete principios, en los grados evolutivos de los mismos, ó lo que es lo mismo, considera al hombre como un ser en evolución y á esta se atiene para analizar á un individuo. Los siete principios son los siguientes: 1.º Cuerpo físico. 2.º Principio Vital. 3.º Alma Plástica. 4.º Alma Animal. 5.º Alma intelectual. 6.º Alma Espiritual. 7.º Espíritu.

1. *El Cuerpo Físico.*—Este es el que pertenece á

la moderna ciencia, si bien mucho le falta para conocerlo completamente. El inmenso adelanto de la cirugía, sólo demuestra el gran atraso de la Medicina; si esta conociese el cuerpo humano, la mayor parte de las admirables operaciones quirúrgicas no serían necesarias.

2. *El Principio Vital*, que es común á la Naturaleza entera, lo sentimos, pero no lo definimos.

3. *Alma Plástica ó Cuerpo Astral*, también se conoce con el nombre de «doble flúidico» y otros muchos: es la reproducción etérea del cuerpo en el cual reside. Es en muchas ocasiones la causa de las muchas ilusiones que se forjan los que creen ver ó comunicar con las almas de los difuntos. Es un principio puramente material, y se desvanece á medida que el cuerpo físico se descompone.

4. *El Alma Animal*.—El principio que domina en la presente humanidad, si bien como en la inmensa mayoría de los casos se halla influído por los superiores, á pesar de encontrarse estos en estado latente, queda con esto perfectamente definida la diferencia entre el hombre animal y el animal propiamente dicho.

5. *Alma Intelectual*.—La Inteligencia; la inteligencia inferior gravita hacia el principio anterior; la porción superior de la misma podemos considerarla como el vehículo del .

6. *Alma Espiritual*, y esta á su vez como vehículo del .

7. *Espíritu*; la verdadera manifestación de la Divinidad en el hombre, su Redentor propiamente dicho, común á todos los seres y especialmente manifestado en el hombre, pues tiene al principio intelec-

tual como lazo de unión con el hombre de materia. Es un principio universal, y por consiguiente, la verdadera y única base para la Fraternidad humana.

Como nos hemos ocupado antes de Reencarnación, algo debemos decir en cuanto á la misma relacionada con los principios.

Si consideramos la división septenaria, la entidad que se reencarna, podemos decir hablando en líneas generales, que se halla constituida por el Espíritu y la porción superior del Alma, mientras que la porción inferior de la misma y el cuerpo, se desvanecen como simples formas ilusorias que eran.

Teniendo en cuenta la división septenaria podemos establecer la siguiente división.

|     |                           |                                                           |
|-----|---------------------------|-----------------------------------------------------------|
| 1.º | Cuerpo Físico . . . . .   | } Porción del Individuo<br>que desaparece.                |
| 2.º | Principio Vital . . . . . |                                                           |
| 3.º | Alma Plástica . . . . .   |                                                           |
| 4.º | Alma Animal . . . . .     |                                                           |
| 5.º | Alma Intelectual          | } Inferior .<br>Superior } Entidad que se re-<br>encarna. |
| 6.º | Alma Espiritual . . . . . |                                                           |
| 7.º | Espíritu . . . . .        |                                                           |

Los cuatro principios inferiores y la porción inferior del quinto, irán paulatinamente desvaneciéndose, sus restos podrán en circunstancias anormales ser galvanizados y adquirir apariencias de vida y hasta de conciencia; pero en manera alguna constituyen la individualidad que ha abandonado la tierra, la cual se halla fuera del alcance de las influencias de la misma, en general, hasta que la ley inexorable de justicia, hasta que Karma decreta su renacimiento en el plano material.

Debemos advertir que no siempre tiene lugar la muerte en las circunstancias de todos conocidas; en caso de perversidad llevada hasta un extremo inconcebible, en casos de materialismo llevado hasta el último extremo, puede tener lugar la separación de los principios superiores durante la vida, sin que al exterior nada se note. Cuando la personalidad ha roto el lazo que á su Divina y Eterna Individualidad la unía, gracias á sus maldades, tiene lugar una muerte psíquica, mil veces peor que la muerte material. Es esto más frecuente de lo que se cree, y á cada paso codeamos á seres que no tienen de hombres más que la forma, su principio superior es el Alma Animal que ha absorbido parte del principio intelectual. Son de hecho criaturas sin alma, condenadas á una anihilación gradual en medio de terribles sufrimientos, pues Karma así lo exige. Del gran libro de la Vida Inmortal un nombre ha desaparecido.

---

---

Para dar una idea de la importancia adquirida por la Sociedad Teosófica desde el 17 de Noviembre de 1875 en que fué fundada en New-York, trasladando posteriormente su cuartel general á Bombay y desde allí á Adyar (Madrás), en donde hoy día está su centro de operaciones, á continuación citamos los nombres de las Sociedades locales que, á manera de ramificaciones, por todo el mundo se extienden:

*Estados-Únidos de América.*—San Luis, 2; New-York, Chicago, 2; San Francisco, Los Angeles, 3; Malden, Boston, Cincinnati, Minneapolis, Philadelphia, Omaha, Grand Island-Neb, San Diego-Cal..., 3; Bridgeport, Conn, Cleveland, Decorah, Iowa, Milwaukee, Brooklyn, Santa Cruz, Calif, Kansas City, Washington, D. C., San José, Cal..., Fort-Wayne, Oakland, Cal..., Tacoma, W. T., Stockton, Cal..., Gilroy, Cal..., Muskegon-Mich, Sacramento, Cal..., Alameda, Cal..., Baltimore, Lincoln.

*Gran Bretaña.*—Londres, 2; Dublin, Liverpool, Cambridge, Edimburgo, Glasgow, Scottish, West of England, Newcastle, Briston, Birmingham, Tenby.

*Continente.*—París, Viena, Corfú, Odessa, El Haya, Stokolmo, Nantes, Milán.

*Australia.*—Brisbane.

*Japón.*—Kiyoto, Kobe, Yokohama.

*Nueva Zelanda.*—Hawkes Bay.

*Africa.*—Queenstown, Cape Colony.

*Indias Occidentales.* — Santo Thomas, Port au Prince.

*Ceilán.* — Anuradhapura, Badulla, Batticaloa, 2; Bentota, Colombo, 2; Dirkwella, Galle, Kandy, Kataluwa, Kurunegala, Matale, Matara, Mawanella, Panadura, Ratnapura, Trincomalee, 2; Weligama, Welitara.

*Birmaniam.*—Rangoon, 3.

*India.*—Adoni, Aligarh, Allahabad, Anantapur, Arcot, Arni, Arrah, Balangore City, Bangalore Cantonement, Bankipore, Bankura, Bara-Banki, Bareilly (Oudh), Baroda, Beauleah, Bellary, Benarés, Berhampore, Bhagalpore, Bhavnagar, Bhowanipore, Bolaram, Bombay, Burdwan, Barisal, Bezwada, Bulandshaber, Calcutta, 2; Cawnpore, Chakdighi, Chingleput, Chinsurah, Chittoor, Coconada, Coimbatore, Combacorum, Cuddalore, Cuddapah, Chittagong, Dacca, Dakshineswar, Darjiling, Delhi, Dindigul, Dumraon, Durbungha, Ellore, Fatehgarh, Fyzabad, Ghazipore, Gooty, Gorakhpur, Guntoor, Gya, Hoshangabad, Howrah, Hyderabad, Jamalpore, Jessore, Jeypore, Jubbulpore, Karur, Kapurthala, Karwar, Kishnaghur, Kurnool, Lucknow, Lahore, Madrás, Madura, Mayaveram, Meerut, Midnapore, Moradabad, Muddehpoora, Masulipatam, Monghyr, Nagpua, Naini Tal, Narail, Negapatam, Nellore, Noakhali, Ootacamund, Orai, Palghat, Paramakudi, Periakulam, Pollachi, Pondicherry, Poona, Pahartali, Rae Bareli, Rawalpindi, Rajahmundry, Rajmahal, Saidpur, Searsole, Secun-



derabad, Seoni-Chappara, Sholapore, Siliguri, Simla, 2; Srivillipattur, Surat, Tanjore, Tinnevely, Tiruppatur, Trevandrum, Trichinopoli, Udamalpet, Vellore, Vizianagram, Vizagapatam.

Los que deseen adquirir noticias acerca de la Sociedad Teosófica en América, pueden dirigirse á W. Q. Judge. Box. 2659, New-York.—En Alemania, á Herr. Gustv. Gebhard, 12, Platzhoffstrasse, Elberfeld.—En Rusia, á Mons. Gustav. Zorn, Odessa.—En Francia, á Mons. G. Caminade, 81, rue Dareau, París.—En Grecia, á Otho Alexander Esq. Corfú.—En Inglaterra, á la condesa C. Wachtmeister, 7, Duke Street Adelphi, Londres, W.—En Australia, á W. H. Terry Esq. Melbourne.—En el Africa Meridional, á J. M. Parsonson Esq. Queen's, Town.—En las Indias Occidentales, á Chas. E. Taylor, Es. St. Thomas.—En Birmania, á Mr. Vatharaniam Pillai Rangoon.—En la India, al Presidente de la Sociedad Cuartel general, Sociedad Teosófica, Adyar (Madrás.)

Todos los asuntos financieros de la Sociedad deben ser tratados con Mr. S. E. Gopalacharlu, Secretario de la Sociedad Teosófica Adyar (Madrás.)

Los envíos á la India para la Sociedad pueden hacerse por medio de cheques y giros sobre Londres. Los primeros, pagables al Secretario de la Sociedad Teosófica; los segundos, *siempre* á la orden de H. S. Olcott, en cuyo nombre tiene la Sociedad de Londres cuenta corriente. Si es más conveniente, pueden los pagos hacerse directamente á Mr. B. Keightley (corresponsal en Londres del Coronel Olcott, 7, Duque Street Adelphi, London W.)

Las publicaciones de la Sociedad, que á continua-

ción citamos, pueden pedirse á los agentes anteriormente citados.

Los siguientes son los cargos oficiales de la Sociedad por el presente año:

*Presidente*, H. S. Olcott.—*Secretario correspondiente*, H. P. Blavatsky.—*Vicepresidente*, Willam Q. Judge.—*Secretario*, S. E. Gopalacharlu.—*Secretarios Ex-officio*, C. W. Leadbeater, William Q. Judge, Arch Keightley, R. Harte.—*Tesorero*, C. Ramiah.—*Tesorero auxiliar*, S. E. Gopalacharlu.

## REVISTAS TEOSÓFICAS

*The Theosophist*, publicase mensualmente en Adyar (Madrás). Director, H. S. Olcott.—Precio de suscripción en Europa, una libra esterlina,

*Lucifer* (1), publicación mensual, editado por H. P. Blavatsky.—Precio de suscripción, 15 s. 7, Duke Street Adelphi, London.

*The Path*, publicación mensual, editado por William Q. Judge.—Precio, 10 s. 7. Duque Street Adelphi, London.

*Theosophical Shiftings*, publicación mensual de la

---

(1) «Lucifer no es ningún título Satánico ni profano. Es el Latín *Luciferus* el que ilumina, la estrella matutina, y era un nombre Cristiano en los tiempos primitivos, llevado por uno de los Papas. Adquirió su asociación actual únicamente gracias al apóstrofe de Isais: Como has caído de los Cielos. ¡O Lucifer, Hijo de la mañana! De aquí Milton tomó Lucifer como el título de su demonio del orgullo, y el nombre del puro y pálido heraldo de la luz del día se ha hecho odioso para los oídos Cristianos.»

«Yo Jesús..... soy la resplandeciente, la estrella matutina (φωσφόρος *Lucifer*.)

Véase 2, Pedro 1., 19. y Apocalipsis XXII. 16.»

Theosophical Publishing Company, L. T. D., 7, Duke Street Adelphi W. C., London.—Precio, 5 s.

*Le Lotus Bleu*, director Mr. Jean Mattheus, Revista mensual; 12 frs. Libraire de l'Art Independent; 11, rue de la Chaussée d'Antin, París.

Libros recomendados por la Theosophical Publication Society, y que pueden ser adquiridos en las oficinas de La Theosophical Publishing Company, 7, Duke Street Adelphi; London, W. C.

|                                                                                                                              | PRECIOS   |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <i>The Secret Doctrine</i> , por H. P. Blavastsky.                                                                           | 2 L. 2 s. |
| <i>Isis Unveiled</i> .....                                                                                                   | 31 s 6    |
| <i>The Voice of the Silence</i> .....                                                                                        | 2 s 6     |
| <i>The Key to Theosophy</i> .....                                                                                            | 2 s       |
| <i>Fausés Conceptions de la Science Moderne</i> , por el mismo autor.....                                                    |           |
| <i>Ma dernière</i> .....                                                                                                     |           |
| Y la Colección de artículos de H. P. Blavastsky, aparecidos en el <i>Lotus</i> desde su fundación hasta Noviembre de 1888... |           |
| <i>Reincarnation</i> , por Walker.....                                                                                       | 4 s       |
| <i>Five Years of Theosophy</i> .....                                                                                         | 7 s 6     |
| <i>Guide to Theosophy</i> .....                                                                                              | 5 s 6     |
| <i>Light on the Path (La Lumière sur le sentier)</i> , traducido al francés.....                                             | 1 s 6     |
| <i>Through the Gates of Gold (Por las Puertas de Oro)</i> , lo ha publicado la <i>Revue Theosophique</i> .....               | 4 s 6     |
| <i>Idyll of the White Lotus</i> .....                                                                                        | 3 s 6     |

PRECIOS

|                                                                                               |            |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| <i>Esoteric Buddhism</i> (7. <sup>o</sup> edición), por<br>Sinnnet. ....                      | 4 s 6      |
| <i>Occult World</i> ( <i>Le monde oculte</i> ), traducido<br>al francés. ....                 | 3.50 fcos. |
| <i>Incidents in the Life of Mme. Blavastsky</i> ,<br>por el mismo. ....                       | 10 s 0     |
| <i>Light of Asia</i> , por Edwin Arnold. ....                                                 | 3 s 6      |
| <i>Song Celestial</i> , por id. id. ....                                                      | 5 s 0      |
| <i>Strange Story</i> , por lord Lytton. ....                                                  | 3 s 6      |
| <i>Zanoni</i> , por el mismo (traducida al fran-<br>cés). ....                                | 3 s 6      |
| <i>The Coming Race</i> ( <i>La Raza Futura</i> ),<br>por el mismo (traducida al francés). ... | 3 s 6      |
| <i>Buddhist Catechism</i> , por H. S. Olcott<br>(traducido al francés). ....                  | 1 s 6      |

PUBLICACIONES EN FRANCÉS

FRANCOS

|                                                                             |      |
|-----------------------------------------------------------------------------|------|
| <i>La Science Occulte</i> (2. <sup>a</sup> edición), por Dra-<br>mard. .... | 1    |
| <i>L' Humanité Posthume</i> , por J. d'Assier..                             | 3.50 |

Las obras publicadas en francés y las traducciones de las que lo han sido en inglés, pueden pedirse á la redacción del *Lotus Bleu*. Libraire de l'Art Independent; 11, rue de la Chaussée d'Antin, París.